

MISCELANEA

† JOSE MARIA IRIBARREN

Me avisaron telefónicamente la noticia a Nantes, en donde estaba pasando unos días de descanso. Era al melancólico crepúsculo del domingo, 13 de junio. José María Iribarren, ilustre escritor del viejo reino de Navarra, el gran etnólogo, había muerto. Esperaba el fatal aviso, pero no por esperado dejó de impresionarme menos.

Habíamos nacido el mismo año: 1906. ¿Cuándo nos conocimos? No sería capaz de precisarlo, pero desde luego con posterioridad a la guerra civil. Los buenos y leales amigos siempre llegan tarde y se marchan demasiado temprano.

Con José María Iribarren desaparece sobre todo un extraordinario etnógrafo. Gran parte de su copiosa obra no es sino una sucesión de valiosas fotografías literarias obtenidas con admirable espíritu anotador en un momento de transición que está dando rápidamente al traste con multitud de hermosas tradiciones y modos de vida.

Esta misma primavera, la víspera del Jueves Santo, un amigo periodista me pedía con urgencia unas noticias preliminares acerca de la procesión de disciplinantes que tiene lugar en San Vicente de la Sonsierra, en la Rioja, algo que le pusiera en situación, pues el periódico le había encargado un reportaje acerca de esta procesión ya en trance de desaparición inminente. No tuve sino entregarle la viva y circunstanciada descripción de José María Iribarren acerca de la procesión de los «picaos» de San Vicente de la Sonsierra. Lo mismo hubiera sido si el periodista me hubiese pedido determinadas notas acerca de Oñate, de Vitoria, o de San Sebastián.

José María Iribarren sentía como pocos la dolorosa intuición del carácter iconoclasta de la época que vivimos. Porque el iconoclasta no abomina solamente de la imagen, sino que va más allá, aborrece lo que la imagen representa. Cuando las cosas no tengan remedio y la gente se sienta añorante, serán muchos los que vayan

a consultar en las obras de José María Iribarren los entrañables detalles de tradiciones desaparecidas.

Buena parte de su copiosa obra tendría cabida en las mejores revistas etnográficas. A través de José María Iribarren actúa y se expresa el pueblo en su más auténtico lenguaje. Pero José María Iribarren no se limita a calcar; todas sus obras están encerradas en el ambiente de forma admirable. Porque escribir no es sino ver, saber mirar. ¿Qué tiene más fuerza en sus relatos? ¿El suceso escueto o el ambiente que lo rodea? Pocos escritores poseen la fuerza y precisión verbal de José María Iribarren. A veces, más que escribir parece que talla.

Tallaba con minucia, con amor verdadero. Sabía con el mejor instinto que con frecuencia la historia más auténtica está en los detalles menudos y los rastreaba hasta un punto inverosímil. Dígalo su estupenda biografía del general Espoz y Mina en donde, acaso, Iribarren, testigo excepcional de algunos importantes aspectos de la última guerra civil, satisface su invencible inclinación a referirse a la misma, aunque sea de través.

Descanse en paz el gran escritor y buen amigo.

J. A.

IN MEMORIAM
JOSE DE ARTECHE



Cuando un nombre llega a prevalecer sobre un apellido, es que el sujeto de esa prevalencia viene a ser objeto de una carga de afectividad. Lógicamente debería ser lo contrario, ya que los nombres obtienen mayor difusión que los apellidos. Y es ese el motivo por el que nuestro Joxé aparezca más singularizado y, por lo mismo, más popularizado.

No pretendo, ni me resulta posible dentro de un espacio breve, trazar aquí su apretada biografía como se merece y como no tardará en producirse; únicamente pretendo esbozar un sencillo *in memoriam*, es decir, un recuerdo, lleno, eso sí, de carga emotiva. Bien se lo merece quien se nos fue a la casa del Se-

ñor en la tarde del 23 de septiembre sin despedirse de nadie. La verdad es que, aunque casi todos crean lo contrario, la Iglesia no nos invita a esquivar la muerte repentina e *imprevista*, sino la muerte repentina e *improvista*, es decir *no provista*. Y es evidente que su muerte repentina le sorprendió bien nutrido de previsiones: llevaba el pasaporte en regla.

Prescindo por tanto del enjuiciamiento de sus copiosos y brillantes escritos, exaltados frecuentemente en este BOLETIN, y brindo a las plumas jóvenes que tomen sobre sí la tarea de emprender un estudio monográfico de quien tanto y tan bueno escribió. Todos esos valores literarios se han ido produciendo a lo largo de su vida con una prodigiosa escalada desde el valle hasta la cumbre, llegando a ser un estilista muy cotizado gracias al severo tratamiento a que sometió a su pluma y a que fue de por vida un afortunado cosechador de lectores.

Quiero ahora detenerme en su condición de buen samaritano que se entregaba con despilfarro a su prójimo. Convivimos largos años amarrados al mismo banco de trabajo, y yo le veía interesándose de continuo por cualquiera que acudiese para la solución de algún problema. Pero de todo eso sabe mucho más su viuda, la MARICHU cantada en su libro intimista.

Entre los beneficiados con su ayuda cuentan muchos jóvenes literatos a quienes aconsejaba y ayudaba hasta el punto de que parecía a veces el ocupante de un confesonario, provisto de dones casi carismáticos.

No es que le faltase genio, porque en fin de cuentas no es precisamente virtud carecer de él, sobre todo si no se transforma en vengativo. Por eso lanzaba de cuándo en cuándo algunas expresiones tonantes que se desvanecían como espuma a los pocos minutos. Yo sé algo de esos enfados «meteóricos». Y recuerdo muy especialmente el disgusto que le produjo la lectura de una carta muy dura que de momento le volcanizó el interior, aunque llegó pronto a dominar la erupción que se presentía. Su reacción se limitó a escribir una carta redactada con elegancia y hasta con humildad. Fue tan noble su actitud, que desarmó a su oponente que era también un hombre noble.

Ya se ve: *Joxé* fue un hombre rebosante de humanidad. Por eso él que encerraba en su pecho un gran corazón, estaba quizá abocado a un ataque cardíaco que efectivamente se presentó hace un lustro, siendo entonces muy bien tratado por los médicos; pero esa

víscera que en el sentir popular es servidora de la afectividad, se le ha derrumbado ahora, quizá por demasiada ejercitación. Su personalidad, conjugada con su popularidad, se ha materializado en ese plebiscito masivo que fue el funeral oficiado por su hijo Agustín y cooficiado por otros diecisiete concelebrantes.

Para poner fin a este breve comentario, quiero traer a colación el empeño que manifestó cierto día el docto Doctor Juan Miguel Sansinenea en erigirle un seudomenhir, como el erigido en el Jaizkibel a la memoria de Joaquín Mendizábal, Conde de Peñaforida. Manifiesta la repulsa de *Joxé*, insistió Sansinenea en sus trece diciendo: *ik pentsatu, esan nun nai dekan*.

F. A.

PARROQUIA DE SAN MARTIN DE ZALLURROA (*Régil*)

Aunque de Erretzil ya se haga mención en 1027, no obstante no he hallado documentación alguna referente a su parroquia de San Martín hasta el año de 1267, cuando el rey Alfonso el Sabio entregó su patronato a Juan López de Gamboa. Y habrá que esperar hasta 1454 para que aparezca unida al topónimo de Çallurroa.

La Madre Arrázola ya advierte en su laudable tesis la notable transformación que sufrió el viejo templo gótico a lo largo del siglo XVI. Intentaré aportar alguna breve novedad con respecto a ese siglo y detallar otros datos referentes a las obras efectuadas en los siglos siguientes.

El siglo XVI de Régil conoció a los vicarios Pedro de Yraola, Martín de Mugarrieta y Joan de Loidi, que murió ya en 1615. Investigando en el archivo parroquial observamos que antes de 1545, ya en 1539, la obra de la parroquia era apoyada por el pueblo, y así leemos que ese año «Juan de Basabyl mandó a sant Martín de Çallurroa un cáliz y mas para la obra de sant Martín un ducado vyejo» y, entre muchos, M.^a Juan de Mugarrieta dejó también cuatro reales. El buen vicario don Pedro de Yraola, dando ejemplo, «mandó dos sábanas para los altares de la yglesia y mas dió un aguamanil con su plato y dos candeleros».

En 1571 se construía el retablo de San Pedro, mientras el cantero local, Miguel de Ybarbia, montaba unos andamios para que se empezara a pintar la cabecera de la iglesia. No debió de tratarse de una obra importante o no quedaron satisfechos de ella, porque en 1577 podemos encontrarnos a Concejo y Parroquia buscando «la planta como se avía de azer la cavecera», haciendo venir desde Viz-

caya al cantero Miguel de Vocoger. Al mismo tiempo el maestro Pedro de Liçarreta hacía las trazas para la cubierta. Todo este trabajo fue encomendado al cantero de Régil, Martín de Landerrain, cuyo padre, también cantero, había muerto en Los Arcos (1562). Como era costumbre, Martín de Landerrain fue cobrando sus obras de las primicias ofrecidas a la Parroquia y lo hizo desde 1577 a 1585, con un total de 1.276 ducados.

Pero además del mencionado Landerrain, y antes de esa fecha de 1577, cuatro años antes, encontramos a los maestros canteros Martín de Mendiola, mencionado por la Madre Arrázola, y a Pedro de Armendia. Con ellos trabajaban «en el texado de la claustro o cobertizo» los canteros indígenas Juango de Texería y Juan de Aguiñalde.

La iglesia se iba alzando, ampliando y cubriendo, pero exigía también ser adornada en su interior y para ello se llamó al motricarra Juan de Brehevilla, quien se encargó de pintar y dorar el retablo de San Pedro, construido en 1572 y tallado en sus imágenes al estilo de Andrés de Araoz, y encarnó también un crucifijo con las imágenes de María y san Juan, en 1573, trabajos que fueron examinados por los maestros Juan de Elexalde y Martín de Miranda y valorados en 308 ducados.

El vicario don Juan de Loidi, que también debió de llamar la atención por su virtud, puso un gran empeño en la continuación de las obras. Lejos de asustarse por los gastos ya ejecutados, pidió licencia al Obispado para construir de paso un altar dedicado a santa Agueda y colocarlo en la ermita de san Miguel de Leete. Con ello satisfacía la devoción de sus jóvenes feligreses que año tras año celebrarían con la mayor solemnidad y jolgorio la festividad de su santa, repicando las campanas en la noche de la víspera, marchando al día siguiente en procesión a la ermita y asistiendo a una misa. La devoción a la mártir fue tal que en varias ocasiones llega a suplantar al verdadero titular y logra que a la ermita se la denomine de santa Agueda. Como abogada que era y es contra los incendios, fue una eficaz, por celestial, póliza contra incendios y siniestros que se buscó el piadoso don Juan. Resulta curioso que, mientras a todos los difuntos de Régil, laicos o clérigos, se les aplicaba al final de su partida de defunción el calificativo de «murió como buen cristiano», solamente de él se dice «murió como muy gran cristiano».

Para que los vecinos de Régil oyeran campanas y supieran dónde, Martín de Mendiola había levantado ya el campanario sobre la

derruida casa de la serora, y en 1576 se pagaron 20 reales de plata a un hombre que trajo dos campanas pequeñas desde Orio hasta Alzuru y otros 25 reales por acercarlas finalmente hasta la iglesia.

Del altar de la Virgen, ya estudiado por la mencionada Madre Arrázola, sólo añadiré que Brehevilla pintó en 1573 «una cortina para el retablo de nuestra Señora», que era el preferido para la celebración de las memorias de los difuntos y al que Juan de Arzuriaga dejó 10 ducados nada menos «para un frontal para el altar de nuestra Señora». Era 1578.

Aunque se cerró en 1584 la capilla del lado de la epístola, no debían de estar todos muy conformes sobre la marcha de las obras, porque, al año siguiente, la Iglesia y el Concejo llamaron a consulta a los maestros canteros Martín y Nicolás de Lizarraga «a ber çiertas dudas que avía en la obra que se haçe». Y parece que salieron de dudas, pues una partida, correspondiente a 1588, nos advierte que la mujer e hijos de Landerrain siguen cobrando regularmente lo que se les venía pagando desde que Martín firmara su contrato en 25 de marzo de 1577. Bien es verdad que quizá se trataba de la cobranza atrasada de trabajos ya realizados y además conviene advertir que el cantero Martín falleció en Logroño el 18 de septiembre de 1587. ¿Qué hacía allí?

Para 1583 ya se habla también de la nueva casa vicarial y en 1591 la iglesia cobraba 26 reales a María de Urteaga «por la renta de la casa bieja de la Vicaría», que estaba «en la plaça de çalluroa» (1616).

Llegaba ya el final del siglo (1593), cuando se hizo la campana grande. Para ello se construyó en el mismo pueblo un horno con 670 ladrillos, que se compraron a Martín de Echeberría, con los clavos y demás recados que prepararon los herreros Domingo de Aranceaga y Juanes de Aguirreche, y, finalmente, los «tres días que el pueblo ayudó en meter los moldes de la campana y çerrar la oya y linpiar la canpana». Al mismo tiempo, «para derribar la cabeçera bieja», el maestro escultor azpeitiano Juanes de Arbiza «vino a mudar los rretablos» de sitio, recibiendo de paso el encargo «del bulto de san Martín» y que empezó a cobrarlo ya desde 1595 hasta 1606, en que finalizó su cobranza, después de ganar un pleito ante el Corregidor. También fue él quien trajo «el retablo de san Martín desde Azpeitia» y no de Asteasu, como se ha solido decir.

No se me oculta el interés que ha existido en conocer el autor del retablo antiguo de Régil, por su posible atribución a Anchieta.

Sobre lo ya escrito por otros sólo puedo añadir que en 1593 el maestro entallador Joanes de Arbiza «vino (a Régil) a desencaxar los retablos para mudar» y que en las cuentas dadas en octubre de 1595 ya se le empieza a pagar «çien reales para en cuenta y parte de pago de la ymagen de San martín». He de advertir que el escribano de las cuentas, refiriéndose al «entallador» que vino a desmontar los altares le llama «maestro Arbiçu», pero como desde 1595 sólo habla del «entallador», «escultor» e «ymaginario» Joanes o Joan de Arbiza, autor de la imagen o bulto de san Martín, aunque he creído más probable la lectura de Arbiza por Arbizu en 1593 y así hallar la ocasión del encargo, prefiero hacer esta advertencia por si se tratara de dos personas. Pero sin que quepa la menor duda en que fue Juanes de Arbiza y no Arbizu el autor de la imagen del titular.

Hemos ido viendo a la luz de estos datos que, desde 1539, nos consta que se construía en este templo, aunque sólo hayamos podido asistir documentalmente al alzado de su cabecera. Su cuerpo central se construyó, a juzgar por su estilo, en la primera mitad del XVI y quizá por los canteros Martín de Mendiola y Pedro de Armendia. Y el imafrente o parte inferior de la iglesia se construiría, como cree don Manuel Lecuona, durante el gótico de los siglos XIII-XIV.

Adentrémonos en el siglo siguiente, el XVII y descubrimos inmediatamente que en 1601 no se había concluido aún la obra de la cabecera. Maese Martín de Landerrain, hijo del anterior, cobraba ese año 150 ducados «por lo que ha de aver para lo que aze en la cabeçera de la dicha yglesia», que aún seguirá haciéndolo en 1606 y siendo alcalde.

Terminada, por fin, la dichosa cabecera, se trajo a los maeses canteros Juan de Ayerza y Juan de Gorocene (?), por indicación de Landerrain, para ver «las paredes de la yglesia, si se abían de subir más o no». Y, en lugar de volver a poner los altares anteriores, se colocaron otros *nuevos*, hechos por maese Miguel de Barrera. No puedo aclarar más el alcance de esto, pero creo que lo que Barrera trabajó fueron simplemente las mesas de los altares. Y es en este momento (folios 89 v y 90 del primer libro de Fábrica existente en la Parroquia) cuando surgen algunas partidas que pueden dar luz precisa en torno al discutido retablo de san Martín.

Según las cuentas presentadas en 1 de noviembre de 1603 podemos leer:

«Primeramente da por descargo el dicho Pedro de Aguinagalde (mayordomo) que a puesto e pagado 24 reales y medio con letrado, procurador y escrivano en el pleito que se trató ante el corredor con el entallador que hizo el *bulto* de San Martín (fols. 89 v y 90).

Aunque ya sabemos por lo dicho quién fuera ese entallador, añade otra partida:

«Yten 18 reales que pagó al dicho Arbiça, en que fue condenada la dicha iglesia de costas» (f. 90).

Estamos pues tratando del escultor-imaginario Joanes de Arbiza, natural de Soravilla, pero a la sazón vecino de Azpeitia. Y leemos en el mismo folio:

«Yten en traer el *retablo de San Martín desde Azpeitia* y poner en su lugar se gastaron quarenta reales» (fol. 90).

Ya que tan poca oportunidad queda para atribuirlo a Anchieta, ¿no podría ser obra de Joanes de Arbiza en su imaginaria y del también vecino de Azpeitia, Martín de Arbizu (colaborador de Anchieta en varias obras) como ensamblador? ¿No pudo incluso encajar algunos bultos Anchieta? No tengo tiempo para consultarlo, pero para aclarar esta cuestión creo que ya sólo resta consultar la escritura del examen de dicho retablo que se hizo ante el escribano Martín Ibáñez de Erquicia en 1602 ó 1603.

Luego, en 1613, se dedicaron a los detalles: «en hazer las gradas del altar mayor y los altares» y se pagaron 200 reales a Juan de Uzcudun «por la balaustería que ha hecho en las dichas gradas».

En el Archivo Diocesano de Pamplona existe un proceso del cantero Martín de Landerrain contra el vicario, alcalde y regimiento, con fecha de 1623, en el que aparece como constructor del crucero y en pleito por unas gradas de madera que sirvan para alzar el altar mayor. Intervienen en el proceso varios maestros, Pedro de Zaldúa y Domingo de Ibeaga, que dictaminaron en favor del Concejo, y el veedor de las obras del Obispado, don Francisco Fratin, quien, tras reconocer los planos de ambas partes contendientes, hizo un intermedio que fue el preferido por la sentencia. En esta disputa aparecen también los nombres de los maeses canteros Martín de Lassa y Francisco de Landa.

En 1625 se menciona al escultor Joanes de Andiazabal, quien «bino con la traça del retablo» que, al año siguiente, se especifica que «era para azer el retablo del crucero mayor». Evidentemente

resulta muy original que a la vuelta de sólo 22 años (de 1603 a 1625) decida la nueva generación cambiar el retablo mayor. No puede atribuirse ese efecto a que las llamas hubieran incendiado el anterior, pues no hay referencia alguna a tal siniestro, como deberían haberlo anotado los libros parroquiales. Más bien creo que ese despilfarro fuera originado por el poco aprecio que mostró el pueblo de Régil hacia el retablo de 1603, al que encontraban poco ostentoso, ya que se había llegado a proponer la necesidad de añadirle unas gradas para alzarlo.

La traza de Joanes de Andiazabal condicionó en 1628 el remate o subasta de las obras, que se ajustaron con el maestro escultor Joanes de Çialceta, que lo colocó en 1639.

Para satisfacción de posibles historiadores de la relojería guipuzcoana les puedo mencionar al consabido Pedro de Marigorta, que arreglaba también el reloj de la torre de Régil en 1571, a Santiago de Marigorta, a Joan de Echeverría en 1660, al oñatiarra Sebastián de Aguirre en 1664, Bautista de Arizmendi (1680), León de Aramendi, vecino de Aya, en 1687, y Francisco de Azcárate en 1736. No todos eran de Régil, pero todos los gastos originados por el entretenimiento del reloj eran pagados a medias por Concejo e Iglesia.

En 1646 fue examinado «el retablo de la capilla mayor» por el maestro Mateo de Çabalía (Zabala?) y en 1664 ordenó el Visitador general del Obispado que «el camino que ba por medio de la yglesia asta el presviterio se allane con losas», por lo visto las sepulturas familiares lo habían dejado muy poco practicable. Por esta vez se cumplió el mandato episcopal y las losas fueron colocadas por el cantero Juan de Yturria en 1666.

El prelado fray Pedro Roche mandó en 1672 que «se dore el altar corateral de nuestra Señora del Rosario por mano de Joseph de Lizaraburu, pintor y dorador residente en la villa de Azpeitia». Ignoro cuál fue el motivo exacto que impulsó a esta singular señalación por parte del obispo; pero el pintor y dorador donostiarra, aunque vecino de Azpeitia, pintó un lienzo para el altar del Rosario, reproduciendo al Niño Jesús, a San José y a Santa Ana, doró además el retablo principal y, finalmente, el retablo de San Ignacio. Se ha de advertir que para este último había tallado el busto del titular el escultor Juan de Apaetzegui.

Había otro altar en la iglesia dedicado a «La Concepción». El autor del retablo o ensamblador fue el escultor Pedro de Uzcludun, que lo construyó para colocar en él las imágenes de San Sebas-

tián y de Santa Catalina, además de su titular mariano. Joseph de Recondo hubo de hacer en 1675 unos retoques «para acomodar en él el bulto de santa Catalina».

De antiguo se venían celebrando procesiones y letanías a las ermitas próximas o lejanas. Lo malo era que en su víspera se llevaban pellejos de vino para reparar fuerzas y al día siguiente no todo era cantar salmos penitenciales. Así se podrá explicar más fácilmente el lector que la Visita general de 1683 prohibiera las «vigilias de noche en hermitas por la yndezença y profanidades que se cometen en éllas». Este mandato no fue eficaz y hubo de repetirse en 1714.

Pero volvamos nuevamente al retablo principal. En 1682 se pagaron 150 ducados a los vecinos tolosanos y maestros escultores, Martín de Zatarain y Francisco de Barrenechea, «en horden a la escriptura que con ellos se hizo de hazer los bultos de los santos del retablo principal». Estos bultos fueron traídos desde Tolosa en 1685 y Francisco de Aramburu los doró al año siguiente, siendo examinados por Francisco de Brehevilla y pagados a Antonia de Morales, viuda ya de Aramburu.

Como el vicario don Juan de Erquicia había dejado en su testamento mil ducados «para que con su renta se pueda acudir a pagar al organista, haciendo la Yglesia órgano, espresando que se aia de hazer... dentro de quatro años». El órgano lo hizo el oñatiarra Joseph de Echeverría por 710 reales de a ocho. Su primer ejecutante fue José de Arenaza, luego José de Aguirre, por 40 ducados al año (1694) y Jacinto de Trecu (1700).

No cabe duda que la piedad popular guipuzcoana ha sido por muchos años tutelada por la espiritualidad franciscana, pero en Régil se hace patente la presencia dominicana, la que inculcó pronto la devoción al rosario, la que logró hacer un santo mártir a Domingo Ibáñez de Erquicia en 1633 y vistiendo el blanco hábito de santo Domingo, y así vemos un año y otro acudir a los dominicos a dar las Misiones en este pueblo, como cuando el propio alcalde fue hasta Albistur para convencer a los «misionistas», doctor Domingo de Aguirre y compañeros, para que predicaran en Régil. La festividad del Rosario se celebraba con misa solemne, con sermón, con «danzas de espada», con los sones del tamboril y el estrépito de los «cuetes» traídos de Placencia (1703).

Metido a comentar festividades, no puedo menos de recordar que la del Corpus se celebraba igualmente con toda solemnidad y

en la que además desfilaban los mosqueteros que disparaban de dos a tres libras de pólvora y se conformaban con sólo dos azumbres de vino, lo que significaba que o eran muy sobrios o eran pocos. Los espatadantzaris también danzaban el día de San Martín, aunque éstos ya absorbían sus largos diez azumbres e incluso veinte en 1701. La víspera de este santo, titular de la parroquia, era cuando Régil hacía su hoguera nocturna, en lugar de la noche de San Juan. Por haber de todo, Régil tuvo también sus «disciplinantes» que procesionaban el Jueves Santo a la ermita o humilladero de la Santa Cruz (1700 y 1702).

El obligatorio «alarde» o revista de armas se hacía por la tarde del día de San Lorenzo y se quemaban 14 libras de pólvora. El paso era marcado por un «vifanista» y «tamborilero», que se contrataba en los pueblos vecinos. Algunos tiros parece que quedaban sin dispararse pues todos los años había vecinos que se presentaban en el Ayuntamiento mostrando de 8 a 19 zorras, por las que cobraban dos reales por pieza. La verdad es que venían a veces algunos vecinos de Araoz con pieles de lobo, y hasta de un oso en 1703, que les acomplejaba.

Pero volvamos a historiar el templo de San Martín.

El cantero Francisco de Aguinagalde Galarraga fabricó la sacristía nueva y la examinó Martín de Zaldúa. La pena es que se acostumbraron a guardar la pólvora «en el cuarto que está vajo la sacristía» y tuvo que advertirlo el obispo Murillo para sacarla de aquel lugar (1726).

Desde 1725 hace su aparición en Régil Ignacio de Ybero, vecino de Azpeitia. Comenzó por dibujar la traza para la «caxonería nueva (de la sacristía) y el pedestal del altar mayor». Pedro de Urdalleta fue quien trabajó la cajonería, la examinó el guetariano Martín de Sagarzurieta y Phelipe de Aguirreche se encargó del pedestal, aunque el retablo no se levantó hasta 1728. Para embellecer la nueva sacristía se trajeron de San Sebastián por 642 reales dos hermosos espejos. Y en la misma fecha, 1725, el pintor Mendía, vecino también de Guetaria, hizo y colgó en la misma sacristía los cuadros del Ecce Homo y de la Piedad. El año 1729 abrió una nueva ventana en el presbiterio el arquitecto Ibero. Y le volvemos a encontrar en 1740, dando la traza o «ydear y dar forma de la manera que se ha de hazer la portalada nueva», que actualmente conserva la fecha de 1743.

No he podido hallar en el archivo parroquial el Libro de Fábri-

ca correspondiente a los años 1743 y 1784, época en que hubo de llevarse a cabo la ampliación del ábside, y así se explica que en esa última fecha se termine de pagar los 3.888 reales en que tasó el propio maestro lbero «las luciduras, blanqueos y jaspeos y demás obras que executó en virtud de escritura» que había hecho el maestro albañil Domingo de Benco. En este presbiterio, recién ultimado, se colgó una lámpara de plata que ejecutó el platero donostiarra Juan Asencio de Labayen por 13.513 reales, juntamente con una cruz de plata, del mismo orfebre, que se colocó en el altar mayor. Por último, el mismo año de 1784, se encargó al maestro santero azpeitiano Joseph de Echeverría una «estatua nueva (de San Martín), que se opuso en la portada de dicha yglesia».

El cantero de Régil, Fermín de Arruti, terminó en 1783 sus «dos escaleras de piedra y arcos nuevos que executó en virtud de escritura para la subida al coro» por 4.263 reales, según tasación también del maestro lbero. Agradecido el buen cantero, regaló una «credencia de piedra jaspe... para poner al lado del altar maior». Y el herrero Domingo de Rezola forjó «los errexados de fierro... para el coro y sus escaleras» por 6.600 reales.

También en ese mismo año se volvió a abrir la capilla del lado de la epístola, «que ha estado tapiada en muchísimos años, por algunas diferencias o disputas ocurridas entre los patronos de aquellos tiempos, cuia capilla se ha puesto con su vóveda, losadura, colateral de San Francisco, ventana... para dar más extensión, lucimiento y claridad a la referida yglesia». Lanzados ya al «lucimiento» de su iglesia, el alcalde en persona se fue a San Sebastián y se trajo por 88 reales «cuatro cornucopias sobre doradas... para colocar en ambos lados del patrón San Martín del altar maior».

En 1786 empezó a cobrar parte de los 9.438 reales, en que se escrituró, el conocido santero-dorador Joseph de Echeverría por «la doradura de la caja del órgano que se está executando».

Existe actualmente en el coro una buena sillería que fue trabajada en 1798 por el carpintero local Juan Ignacio de Texería y un excelente facistol, obra del ya mencionado Joseph de Echeverría, quien también esculpió en 1790 «un bulto nuevo de Nuestra Señora de la Soledad o dolores... que trabaxó para el altar de la capilla de hazia el Evangelio». Volvió a salir de compras el alcalde, a la sazón lo era don Juan Bautista de Arruti, y se trajo desde San Sebastián unos «tafetanes nuevos, negros, para capa «de la Virgen», con la gaza blanca de su devantal, gravada con varias insignias de la Pasión». Para cumplir el embellecimiento de la capilla re-

ferida se volvió a encargar al platero Labayen otra lámpara de plata para la imagen dolorosa. De toda esta plata y de los vasos sagrados y ornamentos hubo de encargarse en 1803 el bravo Francisco de Aramendi, quien los escondió «en tiempo de la Francesada» y por lo que se le premió con 80 reales.

Para terminar sólo me resta anotar que, en 1791, el relojero azeitiano Ignacio de Plazaola hizo un nuevo reloj para la torre, cuyo remate se edificó entonces, y el herrero Domingo de Rezola forjó y colocó las «16 arrovos de fierro» de la cruz y veleta nuevas.

* * *

En los libros del mencionado archivo he anotado, entre otras, estas personas que ofrezco por el posible interés que pueden tener para alguien.

Párrocos.—Pedro de Yraola († 1539), Martín de Mugarrieta († 1573), Joan de Loidi († 1615), Juan de Landerrain († 1637), Licd.^o Juan de Herquicia (1668-90), Francisco de Lortia (1691-1702), Miguel de Barrena (interino), Thomás de Arizabalo (1705-28), Juan Antonio de Yrulegui (1728-34?) y Pedro de Uruzola (1739 ss).

Seroras.— a) de la Parroquia: Mariana de Arçallus (1542), Catalina de Mendiola (1562), M.^a Joanez de Loidi (1568), Gracia de Zabala (1580), Mariana de Trecu († 1584), M.^a Nicolás de Erquicia (1669), Luisa de Ybarvia (1682), Ana de Loidi (1682) y Ana M.^a de Rezola (1711).

b) de San Miguel de Leete: una tal Mariana, Gracia de Leçama († 1586), Ana de Ybargoen († 1615), Ana de Ayerza (1659), María Joaniz de Aguinagalde († 1718), Francisca de Caminos († 1720) y Joaquina de Albisu († 1748).

c) de San Miguel de Garraza: Marina de Elurre (1543 y 58), Martha de Mendiola († 1603), Elvira de Aguirre (1658) y Marina de Barrena († 1697).

d) de San Esteban de Argaina: María de Arçalluz (1592), Madalena de Urteaga (1606), Catalina de Ezama (1659), Josepha de Alçelay (1706), el ermitaño de Larraul Francisco de Goiçarta († 1737), Josepha de Arzalluz († 1740) y Josepha de Cincunegui († 1751).

Clérigos.—Juan de Çuazqueta (1541), Pedro de Mendiola († 1581), «a 8 de hebrero (de 1589) bapcticé un niño llamado Domingo, hijo de Martín Ybañez (añadido: «e su muger»), padrinos

Joan Martínez de Loydi e María Joanez de Ybarbia», según una nota marginal posterior «el sancto mártir éste es», refiriéndose al mártir dominico fray Domingo Ybañez de Erquicia, muerto en el Japón en 1633; Joan de Çabala († 1594), Joan de Ybargoen († 1599), Martín de Hurdalleta (1615) y fray Joan Antonio de Recondo, «predicador maior del conbento de San Francisco de Zarauz» († 1706).

Estudiantes.— Joanes de Landerrayn (1588), que luego sería párroco; Pedro de Abieta († en Valladolid, 1580), Joanes de Hondarra († en Valladolid, 1591), Domingo de Yraola (1600) y Domingo de Galarraga e Yraola († 1602).

Doctores, licenciados y bachilleres.— Doctor Arçalluz († 1603); licenciados Arçalluz (1574), año en que tuvo de su mujer a una hija llamada Marta, don Juan de Recondo, que murió siendo arcipreste de Uceda († 1580), Arreche (1579) y Juan Martínez de Helurre (1690 y 12); bachilleres Loidi, casado y que tuvo a María en 1567, Tejería (1568), Arana († antes de 1583) y Martín de Helurre († 1582).

Capitanes.— Pedro de Liçarraga († en Lérida, 1543), Pedro Ruiz de Recondo (1582 y 88), Cosme de Arçalluz († en Cartagena de Indias, 1597).

Maeses.— Martín de Landerrayn († en Los Arcos, 1562), Juan de Velamendia († 1576), Juan de Seguroola (1580), Miguel de Ibarçabal (1583), Juan largo de Cecenarro († 1582), Martín de Abieta († 1584), Martín de Landerrayn († en Logroño, 1587), Juan de Sant Steban († en S. Sebastián, 1589) (fue enterrado en el convento de San Telmo), Lorenzo de Goenaga († en Lorca, 1592), Pedro de Liçarreta († 1597), Miguel de Barrera († 1613), Francisco de Aramburu, pintor († 1686), Martín de Varrena, herrero (16993) y el mesonero Juan de Anso (1698).

Sastres.— Juan Martínez de Eizmendi y Luis de Elorriaga (1668), Nicolás de Eizmendi (1728) y Miguel de Echave (1729).

Relojeros.— Bautista de Arizmendi (1680) y Francisco de Azcarate (1736).

Cirujanos.— Antonio de Herquicia (1682), Juan de Yturriza (1692-97) y Agustín de Arzalluz (1695-1707).

Maestrescuela.— Don Francisco de Lortia, vicario (1691 ss) y don Bonifacio de Galarraga (1702 ss).

Nomenclator de casas, caserías y topónimos.

(Si no se adjunta indicación alguna, se trata del nombre de una casa o casería).

- Azcue (1543)
 Alcelay (1553)
 Aguinagalde (1553)
 Arçallus de acá (1560)
 Arçallus de hallá (1567)
 Aguirre vecua (1558)
 Archiola (1564)
 Albisu (1578)
 Abieta barrena (1578)
 Arregui chipi (1541)
 Alzuru (top.º) (1576)
 Angaraiz (top.º) (1691)
 Argaiz (1694)
 Arregui andia (se quemó y re-
 edificó en 1705)
 Aguirre de suso (1579)
 Arruti (1581)
 Areiçeta de acá (1580)
 Areiçeta de allá (1590)
 Armendia (1612)
 Aldaola (top.º: robles y casta-
 ños) (1691)
 Artaunza (robleal) (1691)
 Aquetegui (top.º) (1691)
 Arrobieta (top.º: robles) (1694
 y 1707)
 Aguinaga basoa (top.º) (1697)
 Arrivillaga (top.º) (1697)
 Aguinagalde (puente de) (1702)
 Artaunzaburua (monte) (1702)
 Aquemendi (monte y cruz)
 (1702)
 Artizaval (top.º: robles)
 (1702)
 Arteinola (1702)
 Anzuzcu (top.º) (1702)
 Azcanega (1703)
 Aguerreberri (1704)
- Arzanegui auzoa (top.º) (1699)
 Arguina (1706)
 Arzalluz auzoa (top.º) (1699)
- Bearriçaga (1560)
 Bizcarraga (1569)
 Basabe goena (1565)
 Basabe barrena (1576)
 Belamendia (1601)
 Berezeaga (top.º) (1694)
 Basavil echea (1695)
 Beorraza (top.º: robles) (1702)
 Beendiaga (top.º) (1702)
 Barrenola (ferrería de) (1702)
 Buztunzuricearra (top.º) (1707)
 Bustunçuri (top.º) (1697)
 Belamendia (camino de) (1791)
- Celay viribil (top.º: castaños)
 (1692) (Cfr. Zelaibirivil)
 Calvario (1694)
 Celatun (cruz de) (1702) (Cfr.
 Zelatun)
 Cortezaval («cruz en el paraxe
 de») (se puso en 1705)
- Churdinenea (1704) Churdinena
 (1706)
- Doneztebe (1595)
- Elustondo (1548)
 Elurre (1554) (Cfr. Helurre)
 Echenagusia (1558)
 Ereyçuriaga (herrería de)
 (1547)
 Eresuriza (1578) Erezuriza
 (1694) (1)
 Eualas (1598)

- Etumeta (1691) (Cfr. Hetumee-
ta)
 Etumeta (vivero de robles)
 (1706)
 Elurreco arana (robles y noga-
les) (1691-2)
 Estraga (monte) (1692)
 Ezama varrena (quemóse en
1694)
 Erequeta (castañal) (1696)
 Elurre (puente de) (1701)
 Erdoizta (bosque) (1703)
 Echazarra («estrada de»
(1703)
 Ereizeta (1704)
 Echeverrichoa (se reedificó en
1704)
 Ezama aldea (barrio) (1814)
- Galleque (monte) (1691) Ga-
llacue (1692)
 Goinechea (1693)
 Galarraga de abaxo (1547) ve-
cua (1551) barrena (1574)
 Galarraga de suso (1578) goe-
na (1549)
 Gorostiola (1580)
 Guruçeaga (1586)
 Gallecua (monte de) (1756)
 (Cfr. Gallaque)
- Herquicia de suso (1542)
 Herquicia de baxo (1564)
 Helurre (1581)
 Hetumeeeta (1564) (Cfr. Etume-
ta)
- Yruesaroe (1542)
 Ybarbia (1543)
 Ybarbia de hallá (1568)
 Ybarbia goena (1574)
 Ybarbia de medio (1574)
 Yraola vecua (1542 y 1553)
- Yçaguirre (1563)
 Yrure (1583)
 Ybargoen (1583)
 Ynciturbia (?) de allá (1585)
 Ysasti (robleal) (1691)
 Yturrichipieta (robleal) (1691)
 Ybarra (1690)
 Yturriaga (sic) (1695)
 Yturburu (1698)
 Yturbe (fuente de) (se hizo en
1702)
 Yturbe («labadera o poçadera
de») (1705)
 Yturbe (puente de) (1704)
 Yturburu (montaña) (1701)
 Ynchausti (1705)
 Ycazyturri (top.^o) (1706)
 Yrures (barrio de) (1814)
 Ybarbias (barrio de) (1814)
- Leete (1542)
 Loidi de abaxo (1552)
 Loidi de suso (1564)
 Landa (1575)
 Leçama (1577)
 Larrainçar (1542)
 Landerrayn (1584)
 Lasturreta (monte) (1692 y
1704)
 Legarralde (monte) (robles)
 (1692, 1704 y 6)
 Legarralde goena («las puentes
de») (1703)
 Lizarreta (1695)
 Legareguiena (1703)
 Liçarraga (camino de) (1703)
 Legazaspea (top.^o) (1704)
- Mendiola de suso (1567)
 Muzcaga (?) (1691)
 Mugarrieta (1694)
 Maudia (?) (montaña) (1691)
 Muñoandia (top.^o) (1704)

Mizpildegui (robleal) (1707)	San Miguel (puente de) (1705)
Osalarre (monte: robles y hayas) (1694)	Trecu (1539)
Osanegui (monte) (1707)	Texería (1568) Tellería (1707)
Otaegui (1565)	Telleguindegui (1706)
Odriozola (1579)	Useta (molino de) (1691)
Osoviaga (top.º) (1694)	Unzusque (top.º: robles) (1692)
Ormaberrieta (plazuela de) (1790)	Urteaga (1598)
	Urarriçaga (1587)
	Uragailus (robleal) (1703)
Recondo (1575) (casa del Licdº)	Vasavilechea (1707)
Recaeta (robleal) (1703)	Urdalleta (1707)
	Vyldain (1600)
Señarás (monte) (1691)	Çabala (1566)
Semero (monte) (1694)	Zelaibirivil (castañal) (1691)
Sassieta (top.º: castaños) (1694)	Zelatun (top.º) (1691)
Sastondo (puente hecho en 1694)	Çoronzola (1702)
Sara (1698)	Zabaleta (1703)
Sardinogui (camino) (1701)	Zeondia («cruz en el paraxe de») (se puso en 1705)
Sorachipi (top.º) (1704)	Zuiaga («puente de») (1705)

NOTA.— Debo hacer constar mi agradecimiento al Rvdo. párroco don Pedro Echeverría, quien, con la mejor gentileza, me permitió consultar el interesante archivo de la parroquia de Régil.

Hemos encontrado en el mismo archivo una copia de la Recopilación de Ordenanzas de Guipúzcoa, de fines del XVI, que nos proponemos publicar en breve.

Luis Murugarren Zamora

SANTA MARIA DE SEGURA

En agosto de 1968 la amabilidad del párroco don Vicente Aramburu me permitió visitar y consultar detenidamente el archivo parroquial. Recuerdo haberle mostrado mi extrañeza por considerar excesivamente pobre el archivo para una villa de tal importancia histórica. También recuerdo que tranquilizamos nuestra incipiente inquietud, dando por muy probable que parte de los libros y legajos estarían, como ocurre con frecuencia, en el archivo municipal. Al poco tiempo supe por un amigo que en la sacristía existían otros libros y legajos, que no pude verlos en aquella ocasión y que no he tenido aún la oportunidad de consultarlos. He procurado informarme sobre ellos y he llegado a saber que, hace 10 ó 12 años,

fueron localizados en el estante alto de un armario de la sacristía y que de allí fueron bajados y recogidos. Fruto de las notas tomadas solamente de los libros guardados en su archivo serán esta breve reseña, esperando que los otros libros y documentos «prófugos» vuelvan a estar todos e «íntegros» en su debido lugar.

Se ha venido diciendo desde Lope de Isasti que la primitiva población de Segura se asentó en torno a la ermita de San Andrés, que sería, por consiguiente, la primitiva parroquia hasta que en 1236, a causa de un incendio, se redujo la población muy notablemente.

Alfonso X mandó fundarla nuevamente, pero en el actual emplazamiento y en 1256, fortificándola, para hacer honor a su nombre de lugar seguro, contra las invasiones navarras. No obstante esto, sería su hijo, Sancho el Bravo, quien le diera el privilegio de fundación en 1290.

No he encontrado nada referente al siglo XIV; pero por otras fuentes se conoce un curioso Ordenamiento de 1348, confirmado por Alfonso XI en esa data y por Pedro I en 1351, y las Ordenanzas de la Cofradía de San Andrés, redactadas el 7 de mayo de 1374 en Segura. Entre los cofrades del santo, «todos vecinos e moradores en la dicha Villa», se citan los simpáticos apodos: Pero Zuria, Lope Coscor, Juan Zuri, Johan Tirafort, Miguel Andia y Martín Gorri; los clérigos: don Johan de Larristegui, don Martín de Yzaga y don Johan de Aduna; los carpinteros: Garci Ezquerria, Johan Olaberria, Martín Gonzalez, Pero de Areyzcorreta y Johan Pérez; los ferrones: Johan Ybañez, Miguel de Lardizaval, Martín Gerosio, Lope Ybañez de Zaus-tegui y Sancho de Zabalondo; los «pelligeros»: Pero García y Johan Sanchez; los «alfayates» (sastres): Miguel de Manurga y Martín su criado; los «basteros»: Johan Perez y Pero de Bidania; el tornero Miguel Miguellez; el astero Johan Ximenez y el carnicero Pero Ybañez de Ysaso. Todos ellos y sus cofrades acuerdan ayudarse «si algún bollicio o pelea acaeciére» y además «si, por ventura, el alcalde (que no era cofrade) fuese parte o quisiese ser en deservicio del dicho Señor Rey, que ellos todos le fuesen a amparar e ayudar a aquél o aquellos que quisiesen servicio del dicho Señor Rey... o contra cualesquier que contra el dicho Concejo o contra alguno de ellos fuesen» y finalmente que, (coando Dios toviese por bien de llevar alguno de nos de este mundo al otro, que todos nos vayamos a tener candelas e a lo onrrar el enterramiento».

La nueva parroquia y la reciente Villa sufrieron un incendio antes de que finalizara el siglo XIV. Aquel templo, dedicado ya a San-

ta María (según un documento de 1348), era de estilo gótico, como lo exigía su época y lo prueban algunos detalles que señala Félix López del Vallado. La mejor prueba de que su construcción había sido sólidamente hecha fue el incendio del 18 de octubre de 1422, en el que se destruyó toda la Villa con la sola excepción de su parroquia. Seguramente que se trataba de una de las muy pocas edificaciones de piedra en medio de aquel hacinamiento de viviendas construídas con el maderamen de los abundosos bosques cercanos. En adelante, muchas reuniones, aun de carácter meramente civil, se celebraron «so la portada, delante del altar de San Juan».

Mientras la vieja iglesia de San Andrés se veía reducida a la categoría de ermita con gran disgusto de sus cofrades artesanos, los vecinos de Segura siguieron cristianando sus vidas bajo las bóvedas de su pequeño templo de Santa María. Pero, llegados a este punto, permítaseme proponer la teoría de que las advocaciones populares primitivas de los templos rústicos, frecuentemente con referencia a santos protectores contra epidemias o enfermedades (muy conforme, por otra parte, con la mentalidad religiosa de la época en que pudo entrar el Cristianismo en Guipúzcoa), ceden su primacía, la que les había dado su antigüedad, ante la realidad de la fundación de una Villa murada que, como tal, parecía exigir el patronazgo si no del Salvador, sí al menos de Santa María o del precursor San Juan.

Aquella iglesia hubo de restaurarse en el siglo XV y recibió su actual forma en el siglo XVI, como ha documentado sobradamente la Madre Arrázola en su tesis doctoral. Estas obras de ampliación definitiva dieron comienzo en 1564 con Martín de Armendia y Domingo de Areystiburu (que la mencionada autora prefirió leer «Errestaburu») según traza de Juan de Vallejo para elevar la altura general e igualar la de las tres naves. Más tarde, en 1573, Juan de Lizarazu y Andrés de Mendeaca dieron las trazas para el ensanchamiento del templo, y finalmente, en 1580, se hizo el contrato para levantar el campanario, prefiriéndose entre varias la traza presentada por Miguel de Bolívar.

Antes de finalizar esta memoria rápida del siglo XVI, podemos traer el recuerdo, como fruto de mera simpatía, de algunos de los clérigos que santificaron con sus vidas y sacramentos aquellas naves: el bachiller don Germán de Estensoro, vicario de Santa María, don Cristóbal de Mirandaola, don Andrés de Mendiolucea, don Pascual de Altolaguirre y don Andrés de Cerayn, vicario que sucedió a don Germán en 1593. Estos fueron los que el día 10 de junio

de 1565 atendieron a Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, cuando pasaba a Francia para visitar a su madre y, por celebrarse la Pascua de Pentecostés, acudió a la parroquia a confesarse, oír Misa y comulgar. Pero también Segura tenía en el siglo XVI su «indiano». Así se le llama en los libros parroquiales a Juan Miguelez de Arrue. El era el «indiano», con su artículo por delante y su esposa Juana de Aguirre por compañía. ¡A fe que se movió aprisa para ser «el indiano» en el siglo XVI! Luego, cada Villa o aldea vasca tendrá su indiano, pero Segura lo tuvo ya en 1567. Además podemos recordar a otras figuras pintorescas de Segura: el mercero Juan Pérez, Mari Martín de Oñatibia, hornera en el horno de Diego Bélez, el alcalde Yñigo de Mirandaola, el sastre Andrés de Aguirre, Pascual «el tamboril», el zapatero Juan de Astigarribia, el boticario Juan de Odiaga, el ferrón de Ursuarán, el cirujano maese Juan de Mirandaola, el soldado Juan de Aguirre, el clavetero Joanes de Salete, los herreros Juan de Eyzmendi, Domingo de Echeverría, Juan García de Arrúe y Juan de Arrizabalaga, mas otros muchos de oficios viariadísimos.

En el siglo XVII, y según Isasti, Segura ya contaba con 13 clérigos presbíteros, de los que 9 tenían su beneficio. Esto nos permite suponer que los oficios litúrgicos se celebraban con abundancia de voces. Estos clérigos se juntaban cada quince días con los de Cerain, Mutiloa, e Idiazabal, para tratar de temas morales, logrando en 1700 que fueran aprobadas las constituciones de una Cofradía de eclesiásticos.

No obstante este interés apostólico del clero, a principios del siglo XVIII hubo necesidad de restablecer el respeto debido al lugar y oficios sacros por parte de los fieles, como en el resto de Guipúzcoa, condenándose bajo excomunión que los vecinos acudieran a la iglesia «con pelo atado, sin aquel traje honesto que se debe a lugar tan sagrado (¡eran los «jipis» del setecientos guipuzcoano!), que no tengan conversaciones y otras yndecencias, que los seculares no se sienten en los confesonarios, ni suban al coro al tiempo de los divinos oficios, excepto quando se celebran las ferias en esta Villa por la mucha gente que suele concurrir» y el templo resultaba incapaz. También la gente menuda hacía de las suyas: «los días de todos santos y ánimas, quando la ofrenda de panes en esta Yglesia, los muchachos, de edad tierna algunos y otros de más de los quince años, quitaban a las mugeres que hiban con dicha ofrenda (de pan), con mucha violencia y deshonestidad», con la agravante de que se trata de una reconvencción exclusiva para los fieles

de Segura. Parece que el vicario a la sazón había logrado corregir esta conducta de los muchachos en el interior del templo, pero «sin envargo, fuera de él (permanece igual desatención asta derribar y arrojar a tierra a las mugeres por quitar dichos panes». Se ve que Segura no era lugar muy seguro para cualquier devota «etxeakoandre» que fuera con panecillos para la oblata.

También por la misma época se hubo de suspender la procesión que se hacía a la ermita de santa Bárbara y al amanecer, a la que concurrían «mozos y mozas, más por cometer diferentes excesos y deshórdenes que por devoción». Pero a los diez años, en 1737, atendiendo al ruego de sus fieles, que manifestaban gran devoción a la santa «y especial fe en que la Misericordia Divina les livertara por su intercesión de los gravísimos daños de los nublados, continuando en su hermita la rogativa», se volvió a autorizar la tal procesión «conforme al estilo antiguo, con tal que sea a las cinco de la mañana; así para que puedan concurrir *cómodamente* los fieles como para evitar otros inconvenientes». No cabe duda de que esta liturgia favorecía por una parte la piedad, lograba el auxilio de Dios sobre los sembrados y evitaba la insuficiencia coronaria. En esta época y en las anteriores pocos mueren en Segura por muerte repentina, a no ser «por caída de un árbol».

El pueblo de Segura fue muy devoto de la Virgen, Santa María, y cantó su rosario por las calles en los primeros domingos y en las fiestas principales de la Señora.

En 1746 pretendió el Regimiento de la Villa trasladar sus pobres del hospital de la Magdalena, que, como ya lo indica su advocación, estaba situado fuera de los muros, al interior de San Juan, y además que el presbítero y mayordomo de la Magdalena, don Ignacio de Arrieta, fuera en adelante «preceptor de Gramática ha que está obligado por haber entrado a ser mayoral de dicho hospital»; pero el obispo se opuso.

Con el siglo XVIII viene la renovación de altares en el templo parroquial. El escultor Luis Salvador de Carmona esculpió, en el segundo tercio del siglo nada menos que 42 imágenes para el retablo mayor, que estaba construyendo Diego Martínez de Arce, natural de Medina del Campo y que fue dorado por el artista donostiarra Manuel de Alquizaleta. Toda esa bella obra pudo efectuarse gracias a la donación de 8.000 pesos legados por Martín de Lardizabal y Elorza.

Con lo que sobró de la anterior donación se construyeron tam-

bién los altares de la Virgen del Rosario, por manos de Antonio de Arsuaga, y el del Santo Cristo.

Digno también de estudio es el retablo dedicado a Santiago, que hoy se halla retirado en una de las sacristías, y que ofrece una obvia relación iconográfica con la ruta de peregrinos jacobeos y el hospital de Sancti Espíritus, contiguo al camino real. No debemos olvidar, además, que el vicario de Segura ostentó el título de «Prior de Sancti Spiritus», de cuya ermita y hospital la Villa poseía el patronato «en posesión inmemorial» ya para 1546 y con la confirmación romana. Pero, en 1848, el obispo se ve obligado a mandar al conde de Salvatierra «que en la Capilla de Santiago, del sr conde de Salvatierra, se componga su pavimento y escaños, y toda ella se blanquee y ponga decente».

Luis Murugarren

*EL MISTERIO DE SAN GUILLEN
Y SANTA FELICIA EN OBANOS*

Este magnífico espectáculo debido a la elevada inspiración y feliz iniciativa del ilustre sacerdote navarro don Santos Beguiristain, bien merece el comentario elogioso que nos complacemos en dedicarle en estas breves páginas.

Si la idea de crear el «Misterio» y su concepción artística es de por sí una empresa dificultosa, el llevarlo a la práctica haciéndolo vivir teatralmente en el escenario de una plaza de pueblo, con más de 500 figurantes, casi todos del mismo vecindario, requiere un esfuerzo titánico que solo el pensarlo asusta.

Para ello era menester una voluntad de hierro, una constancia y un espíritu sobrenatural que impidiesen desfallecer en el empeño. Sólo tomándolo como obra de apostolado y de patriotismo local ha podido el creador del Misterio de Obanos obrar el milagro de perseverar en su representación durante siete años consecutivos.

Es el amor a su pueblo natal, el afán de elevarlo a un nivel artístico y cultural impregnado de ideales religiosas asentados en la tradición y en la Historia, lo que ha producido el prodigio del que es don Santos Beguiristain su principal artífice. Y por añadidura le ha originado beneficios materiales con la promoción del turismo y afluencia de gentes de diversas procedencias que contribuyen a la prosperidad económica del País.

Damos la enhorabuena más sincera a Obanos y a sus elementos directores por la labor ímproba que realizan en los ensayos, en

coordinar la aportación de todos los participantes: pueblo, actores profesionales y aficionados. En la preparación del costoso vestuario, indumentaria, y toda clase de pertrechos. No es menos minucioso su cuidado por la coreografía, la luminotecnia y la música que animan y realzan el espectáculo. Toda suerte de dificultades que hay que ir resolviéndolas cotidianamente. Las relativas a la audición perfecta y al juego de luces y visibilidad han sido resueltas gracias al progreso de la moderna técnica.

El Sr. Beguiristain tuvo desde el primer momento el acierto de rodearse de colaboradores eminentes bajo la dirección de Claudio de la Torre y en verdad, puede mostrarse satisfecho del óptimo resultado obtenido. A él han contribuido el vate Manuel Iribarne con su versión poética del Misterio; Luis Morondo con sus ilustraciones musicales; Patxi Arrarás con su coreografía y bailes.

Habría que hacer extensivo el elogio a otros muchos colaboradores de primera fila; omisión que espero me sea perdonada en obsequio a la brevedad. Pero no sería lícito dejar de citar a los actores profesionales Beatriz Carvajal, Paco Acosta y Sergio Mendizabal que como en años anteriores han encarnado con la máxima dignidad los personajes principales del drama sacro.

Reciban todos el cordial parabién de este oscuro cronista, sí... que veterano peregrino del Ideal...

Como ha quedado de manifiesto en las líneas precedentes, inteligencias despiertas, corazones apasionados y manos muy expertas han contribuido al éxito del «*Misterio de San Guillén y Santa Felicia*» en Obanos. Aun comprendiendo que no compete a mi ignorancia el dar lección alguna en lo que respecta al texto y desarrollo escénico del drama, espero sabrán excusar mi osadía si con el único propósito de mejorar y completar el espectáculo me permito hacer algunas observaciones y sugerencias anotadas sobre el terreno.

Dado el carácter realista en extremo que preside toda representación con tantos y tan acertados detalles, eché de menos que bien en los bailes o en algunas partes del contexto no se oyese expresiones en lengua vasca. No es que se pretenda, dadas las circunstancias de tiempo y lugar se intercalen diálogos o parlamentos euskéricos; pero sí que en algunos encuentros en el camino... —verdadera encrucijada internacional en pleno medioevo—, por ejemplo el del peregrino francés con el rústico navarro, en el que éste alude con orgullo a Sancho el Mayor, diga algo, aunque sea airada-

mente, en «lingua navarrorum» que es la que privaba por entonces en aquellos andurriales. Esas expresiones euskéricas, o «tacos» si se quiere, los entenderían todos. Y así en otros detalles por el estilo.

Los bailables en ritmo binario y carácter más vascos ganarían a mi juicio, ejecutados con mayor rapidez y serían muy aptos para ser cantados con letra euskérica. Es sabido, que en un principio todas las danzas vascas acostumbraban a ser cantadas y tenían su letra. De no ser conocida, sería muy fácil crear una nueva y apropiada para la ocasión.

Asombra que se haya llegado en el «*Misterio*» y su interpretación a una exacta propiedad en personajes y situaciones históricas; y en cambio no se haya alcanzado esa exactitud en lo que respecta a los elementos indígenas y populares. Es un anacronismo fácil de subsanar, y que sin modificar ni alargar el desarrollo épico del drama le haría ganar en verismo y autenticidad.

Finalmente, tras la emocionante y solemne procesión bajo la presidencia de los Infanzones, autoridades y prelados, la oración popular a la Virgen de Arnotegui sí que debiera ser cantada exclusivamente en lengua vasca y al unísono. En el mismo tono y la misma expresión de las melopeas en que se ha cantado y canta todavía a todas las *Andramaris*, dulces amabirgiñak del País euskaldun. Tal vez exista alguna en el Cancionero de Juan de Undiano procedente del archivo parroquial de Obanos. De no hallarla cabría adoptar la antiquísima y conocida AVE MARIA de Iziar que rezaría así:

AGUR ARNOTEGI'KO
BIRGIÑA MARIA
AGUR AMA MAITE
OBANOS'KO IZARRA

Es poca cosa, pero mucha y trascendente para la perfección del Misterio de San Guillén y Santa Felicia en Obanos. Es hora de que después de siglos de decaimiento y desidia se inicie la era de reconversión cristiana y restauración euskérica que los tiempos difíciles que corremos angustiosamente reclaman.

Entendámoslo bien: una era sin mistificaciones!

* * *

ARNOTEGUI. Al mencionar este nombre forzoso es que toque-

mos el tema etimológico. Es éste un berengenal en el que hay que entrar con mucha precaución. Son tantos los disparates y fantasías que se han prodigado a cuenta de la etimología que se ha convertido en una disciplina desacreditada por muchos de sus cultivadores.

No obstante, la oportunidad me obliga a formular unas discretas consideraciones sobre este topónimo que figura en lugar preeminente en el Misterio de Obanos: ARNOTEGUI.

Reflexionando sobre el probable significado de este nombre, discrepo de la opinión de los que sostienen se refiere a abundancia de vino, o, por empleo de un tropo, a los viñedos que abundan en aquella zona. Hay una primera razón en contra: la voz ARNO es en efecto VINO en la baja Navarra y Laburdi. Pero no en la variedad dialectal del alto navarro, aezcoano, salacenco, roncalés; ni en la de la cuenca de Pamplona. Aquí al vino se la llamó ARDO igual que hoy se dice en Guipúzcoa y Vizcaya. Así lo atestiguan Azkue en su gran diccionario, Michelena en su Fonética Histórica. Leyendo el libro «*Platicac edo Itzaldiac*» de Joaquín Lizarraga, párroco de Elcano (valle de Egues) publicado en 1802 aparece siempre la forma ARDO: «*Ardo madarikatua*»: *ardoak* ez du culparic; «guapo naiac eta *ardo* onac irauten dutela guchi», aunque Lizarraga emplea corrientemente las formas «*bertze*», *erran*, *anitz*, *alaber*, usuales en otros dialectos. Hay que añadir que la unificación literaria en el siglo XVIII estaba en marcha gracias a los beneméritos escritores Mendiburu, Lardizabal, Cardaberaz, Aguirre de Asteasu, etc., de los que se nutrió el párroco de Elcano durante su estancia en Loyola.

De lo expuesto se deduce que en el lenguaje hablado en Obanos al vino se le llamó ARDO y no ARNO. Es decir, que la etimología de ARNOTEGUI hay que derivarla de esta última raíz y no de la primera. El que le Virgen de ARNOTEGUI tenga un racimo de uva en la mano es una fantasía del escultor. Detalle nada seguro ya que la imagen de la misma Virgen existente en la Parroquia lleva en la mano la clásica manzana. Otro alegato desfavorable es el que me comunicó un señor de tanto arraigo en el lugar como es don Miguel Ardaiz, actual etxejaun de «Mutiko-andia». Según su parecer las viñas en Obanos no son de origen muy remoto. A lo sumo deben datar a partir de los *Teobaldo*. Primitivamente la economía local estaba basada en su mayor parte en la ganadería. Todo esto me confirma en mi opinión de que el topónimo ARNOTEGUI nada tiene que ver con el vino.

Hay muchos derivados de la raíz ARNO en todo el País: *Arno*,

Arnoate, Arnogi, etc. Su etimología estará fundada en otros accidentes del terreno o en algunas particularidades bien sean de origen animal o vegetal. Cuales sean hay que averiguarlo.

La voz ARRANO=AGUILA que por contracción puede convertirse en ARNO no creo la podemos aplicar a ARNOTEGUI. El sitio no parece apropiado para haber sido un nido de águilas o aguilas. Tenemos sí un AGUILAR DE CODES, en una sierra elevada y abrupta que no es precisamente el suave y mariano alcor de Ntra. Sra. de ARNOTEGUI.

Como la imaginación es necesaria en sus justos límites a fin de poder descifrar lo desconocido, me inclino a una fitofilia razonada que podría darnos la clave del problema.

ARNOTEGUI por pérdida de vocal es contracción del nombre completo ARANOTEGUI. La voz ARAN equivale al castellano CIRUELO y al latino PRUNUS. Primitivamente se trataría del ciruelo silvestre o «*prunus spinosa*» que en castellano se le llama «endrino». Es el arbusto que con su fruto los vasco-parlantes de hoy conocemos por el nombre de «*matxakaran*» o «*basakaran*» (ciruelo silvestre) que en Obanos como lo he podido comprobar personalmente, llaman «*pacharán*» corrupción, indudable del nombre vasco.

De lo que se deduce que ARNOTEGUI es sitio de endrinos, arándanos o «*pacharanes*». Y en efecto pude recoger en el camino que conduce a la Ermita varias ramas repletas de ese fruto que sirve para sazonar el licor «*Pacharán*» que hoy está de moda consumir.

O sea que la venerada Virgen de ARNOTEGUI «*euskérica*» y «*labriega*» como el poeta la ensalza en su loa, podría traducirse en romance por *Virgen del Endrino* nombre humilde, puro y altísimo cual conviene a la Santísima madre de nuestro divino Salvador.

Después de llegar a esta conclusión, discurriendo por mi cuenta y en la medida de mi corto alcance, se me ha ocurrido consultar el voluminoso tratado «ETIMOLOGIAS DE APELLIDOS VASCOS» del polígrafo tolosano don Isaac López-Mendizábal y he tenido la satisfacción de comprobar que sin habérmelo propuesto coincido con la opinión de mi eminente maestro y amigo quien da en su citado libro la significación concreta de «*endrino*», *endrial*, etc., a todos los componentes de ARNO.

Era, ciertamente, seductora, la leyenda vínica de ARNOTEGUI y de San Guillén con los ritos que se le han adjudicado. Pero es más sencilla y escueta la verdad. No es que me crea en posesión

exclusiva de ella. No. Es más, pronto desecharía mi interpretación si otra más documentada y convincente saliese a la superficie.

* * *

La riqueza de topónimos vascos en todo el valle de Ilzarbe es muy grande, pero dejo a otras plumas más autorizadas y competentes que la mía la labor de descifrar su contenido. Para terminar, este mi artículo ya demasiado extenso, voy a limitarme, refiriéndome al nombre de OBANOS el acogedor pueblo y noble solar de los Infanzones, a formular una última puntualización etimológica. Y es la de que la sílaba final OS (en ortografía correcta OZ) nada tiene que ver con la voz OTZ que en vascuence significa «frío». En cambio el sufijo OZ (OBANOZ)? entra en la composición de innumerables pueblos y aldeas tales como: Lecaroz, Ysoz, Madoz, Enoz, Amaro, Ustarroz, Urroz, Almandoz, Oronoz, Artakoz, etc., etc., sin mencionar los terminados con mayor o menor propiedad en OS, Galdos, Bardos, que son también numerosos. Es un sufijo abundancial cuya significación exacta no es fácil precisar, pero, seguramente, es algo relacionado con las características de cada lugar. Y trascendiendo del campo etimológico OBANOS ES PARA LOS EUSKAROS DEL SEPTENTRION, un núcleo de hermanos cálido y hospitalario; un remanso geográfico y espiritual que les conforta y enardece en su lucha por la existencia.

Antonio M.^a Labayen

LA HISTORIA ANTIGUA ACLARADA POR EL EUZKERA

El hecho ampliamente comprobado en nuestro artículo precedente de la influencia éuzka en la toponimia catalana y el de la extensión de esta influencia hacia el centro de la Península probada por don José J. Bta. Merino Urrutia pueden aun reforzarse con las influencias que hemos encontrado en la toponimia del Macizo Central francés —Alvernha o Auvergne en lengua de oc o en francés—, donde el autor de este artículo ha residido durante ocho años.

La primera indicación la encontramos en la abundancia de nombres de poblaciones terminados por el sufijo -AC. Ejemplos: Aurillac, Mauriac, Figeac, Sansac, Ytrac, Jussac, Reilhac, Massiac y muchos otros.

Uno de ellos, *Vezac*, es fácil de traducir y el resultado con-

cuerda con la situación del pueblo en el fondo de un valle: BE-Z-AK que equivale a «los del bajo o los de abajo».

No lejos de Vezac está *Carlat* con ruinas del castillo medieval sobre el exermo de un banco de basalto. En su nombre encontramos KARR (piedra) y LATA (tabla) y en conjunto define bien la formación en prismas verticales de los bancos basálticos.

Garabit, lugar conocido por el famoso viaducto del ferrocarril proyectado por Eiffel, se encuentra en el origen del río La Truyère que alimenta numerosos torrentes que se juntan en aquel sitio. Su nombre está formado por el compuesto de UGARR (torrente) y ABITU (comenzar, origen).

El Plateau de *Larzac* es una meseta calcárea situada cerca del río Tarn, al S. del Macizo central. Su nombre LARRTZ-AK (las zarzas) está justificado por la vegetación, propia de los terrenos altos poco fértiles.

La pequeña ciudad de *Salers*, notable por sus monumentos medievales, se encuentra en un lugar elevado y al borde de una gran extensión de praderas. En su nombre encontramos la definición de su situación pues que contiene SAL (pasto) y ERRTZ (borde, linde).

Talizat es un pueblo situado al E. del antiguo cráter del Cantal y en plena región de pastoreo. En su nombre encontramos la raíz de TALDE (rebaño) y el vocablo IZATE (existencia) lo que le da el significado de «existencia de rebaños».

Millau es una población situada en un alto valle rodeado de despeñaderos que la dominan. Y es precisamente lo que nos dice su nombre compuesto de AMIL (precipicio) y AL (dominante).

El mismo nombre *Alvernha* del Macizo Central contiene las raíces AL (dominante), BE (suelo) y ERNE (que sobresale, despejado).

Cantal, nombre del macizo volcánico ya citado y que ha dado nombre a todo el Departamento, contiene KANT (alto) y AL (dominante) como lo es en realidad.

Podríamos ir citando aun muchos más nombres pero para no dar una extensión excesiva a este artículo vamos a aportar pruebas de la extensión a otros países europeos de las raíces éuzkas.

Limitándonos a la toponimia hemos de citar, en primer lugar, los nombres de ríos, pueblos ribereños y lagos con el prefijo IS- asimilable al IZ- (agua) del euzkera: *Isábena* en Aragón); *Isère*,

Issoire en Francia; *Isonzo Iseo* en Italia; *Isar* en el Tirol; *Iskar* en Bulgaria; *Ister*, antiguo nombre del río Danubio.

También en el Tirol encontramos el nombre *Otzthal* para designar el valle más frío de la región como lo viene a indicar el vocablo OTZ (frío).

Aun al significado bien conocido de GORA en vascuence le corresponde el vocablo ruso *GORA* (montaña).

El nombre de los *Alpes* parece también debido, como el de *Alvernha*, a la unión de AL (dominante) con PE (suelo).

Y por fin en el nombre de los *Balkanes* creemos encontrar la unión de BALTZ (negro) con KAN(alto) y parece confirmarlo el nombre *Montenegro* de uno de los países balcánicos.

* * *

Si dejando la toponimia pasamos a las lenguas no dejamos de encontrar, también, pruebas de la existencia de raíces éuzkas.

TXIRIKOT (suero de la leche) tiene sus correspondencias en el catalán y en el provenzal XERIGOT, SERIGOT y aun sospechamos que el italiano partió el último en dos, SIERO y RICOTTA.

A las voces éuzkas SUKARRI, SUARRI (piedra del fogón, pedernal) corresponden el catalán SOCARRIM (chamusquina) y SO-CARRIMAT (chamuscado). Pero también hallamos correspondencias en el inglés SWART (moderadamente negro) y en el alemán SCHWARTZ (negro).

De un examen general, que hoy limitaremos a los vocablos que empiezan por A, podemos deducir los ejemplos que siguen:

- ABI (nido) y EULI (mosca) dan ABI-EULI (mosca de nido) origen posible del Cat. ABELLA; del Fr. ABEILLE ;y del Port. ABELHA.
- ABOL (débil, flojo) tiene correspondencia en el catalán antiguo AVOL, sinónimo de ABOL. Y completando la forma éuzka con el prefijo DA (es) encontramos como ejemplos: Cat. DEBOLIT (debilitado) e Ital. DEBOLE (débil). La forma latina DEBILIS perdió la O.
- ADOBA (remiendo) tiene como derivados Cat. ADOB; Cast. ADOBAR; Fr. ADOUBER. El latín ADOPERIO (cubrir) se aparta de la significación original que necontramos hasta en el Ital. ADOPERATO (non piú novo).

- ADU, SIATS, sinónimos que significan «suerte, fortuna» se juntaron en la salutación usual en lengua de oc.: ADISIATS donde la U pasó a I por influencia tal vez francesa.
- AISA (fácil); AISE (libre, cómodo) dan el Fr. AISÉ (fácil de hacer) y A L'AISE (cómodamente).
- AIZERI (zorro, persona astuta) pasa al Cat. AIXERIT (avivado).
- AMARRA (atadura) ha penetrado en muchas lenguas gracias a los marinos. Cast. Cat. Port. AMARRA; Fr. AMARRE; Ital. AMARRARE. En otras perdió su A inicial: Holandés medieval. MAREN; Anglo-sajón MAERELS. En Ing. MOOR, y en su forma medieval MOREN.
- ANBARR (cierre) pasa al Cat. EMBA (tabique) y EMBARRAS (estorbo) correspondiente al Cast. EMBARAZO. Tenemos también Port. EMBARAÇAR; Fr. EMBARRAS e Ing. EMBARRASS.
- ANKA (pierna) corresponde al Cast. y Cat. ANCA (nalga); al Fr. HANCHE; al Ing. HAUNCH; y al viejo Holandés HANCKE.
- ARRAMPA (calambre) da el Cat. RAMPa (calambre). Y en su forma KARRAMPA: Fr. CRAMPE; Hol. KRAMP; Ing. CRAMP.
- ARRESI o ARRETSI (tabiar) se encuentra en Cast. Cat. Port. ARRESTAR; Ital. ARRESTARE; Fr. ARRETER.
- ARR (piedra) con el sufijo intensivo -OK da la voz ROCA que no es atribuible ni al griego ni al latín. Además de las lenguas peninsulares está en el Ital. ROCCA; en el Fr. ROCHE; en el Ing. medieval ROKKE y en el actual ROCK.
- ARTEZA (hábil, diestro) ha dado el Cat. ARTESA (artesano) y ni el Fr. ARTISAN, ni el Ital. ARTIGIANO se pueden atribuir al Lat. ARTIFEX.
- ATE (puerta) en su forma GATE se ha infiltrado en las lenguas nórdicas. Ing. GATE; Viejo islandés GATA; Sueco GATA; Danés GADE.
- ATU (muebles de la casa) completado con el sufijo diminutivo.
- AIL ha dado el Cat. ATUELIS (enseres, utensilios).
- ATZAPARR (garra de ave, zarpa) lo encontramos para dar el nombre catalán ATZAVARA (pita, agave) justificado por su gran parecido con una garra.
- AZAGAI (azagaya) es el nombre de una especie de chuzo prehis-

tórico y se compone de AITZ (piedra) y AGAI (palo largo) que eran las partes que lo constituían. El vocablo conserva aun mejor sus componentes en el Cat. ATZAGAIA y se encuentra en el Port. AZAGAIA; en el Itál. AZZAGAGLIA; en el Ing. ASSAGAI; en el Sueco ASSEGAJ y con pérdida de la inicial A en Fr. ZAGAIE; Alem. ZAGAYA; Hol. SAGAAI.

Pero lo curioso es que existe también un sinónimo formado por ARR (piedra) y UHE (bastón) que dió el Ang. saj. ARWE del que derivaron el Ing. med. AREWE y el Ing. ARROW (flecha, dardo).

* * *

Las conclusiones halagadoras que se pueden deducir de lo expuesto son reforzadas aun por el análisis de los nombres de los pueblos primitivos. En los tiempos antiguos se hablaba de los Celtas, los Iberos y los Ligures como pobladores del occidente mediterráneo.

KELTOI, nombre griego de los Celtas, puede suponerse formado por la raíz KAL de KALDURRU (cima, cumbre) y el sufijo local -TOI. Los Celtas fueron realmente gentes de lugares altos.

IBERES, nombre griego de los Iberos, se compone de la raíz IB de IBAI (rio), IBARR o IBERTZ (ribera), IBI (vado). Si agregamos a IB el vocablo ERRI (pueblo, país) formamos el compuesto IB-ERRI que puede significar «pueblo ribereño» como lo fueron realmente los Iberos.

LIGUS, nombre griego de los Ligures, puede compararse a LEGUN (llano) y si ponemos en lugar del sufijo -N la voz URI (pueblo) hallamos LEGU-URI que puede significar «pueblo del llano».

Además de los tres nombres citados tenemos el de BETTERES que Strabon dió a los habitantes de la costa catalana actual. Este nombre es del todo comparable al BETERRI que se da a los pueblos del llano de Guipúzcoa.

Tito Livio cita los BITURIGES, pueblo celta que invadió el norte de Italia en tiempos del rey Tartino de Roma. El nombre no es más que una variante de BETERRI por substitución de ERRI por URI.

No cuesta mucho de aceptar, después de tales resultados, que también el nombre de *Vercingetorix*, jefe galo que organizó la resistencia contra Julio César, tiene raíces éuzkas. De BERRDINTZE (acuerdo) y ETORRI (inspiración) sale un complejo muy similar al

nombre citado y cuyo significado concuerda con lo que lo hizo pasar a la historia.

* * *

EUZKO se traduce por «procedente del aire» y esto ya le da un parentesco con los Celtas. Además *Cantabria* es asimilable a KANT-ABERRI (patria elevada).

Pero el examen del nombre de los *Oscos*, pueblo instalado en los Apeninos en los tiempos de la Roma antigua, creemos poderlo deducir de OTZ (frío) y -KO (sufijo de origen). La significación «procedentes del frío» es aplicable también a sus contemporáneos los *Oscences* del Pirineo aragonés. Así, estos pueblos, como también los Vascos, podrían considerarse procedentes de la Europa central y obligados o correrse hacia el S. ante el avance de los hielos durante el Período Glacial. Sobre la duración de este período se han hecho muchas conjeturas pero lo que queda claro es que Tácito, en el siglo I de nuestra Era, habla de la Germania como de un país todavía inhabitable. Además el 320 a. J-C. la expedición de la que formó parte el griego Pytheas encuentra los hielos polares algo más al N. del extremo septentrional de Escocia. Y Anaximandro en su mapa del 550 a. J-C. sitúa los hiperbóreos a la latitud de los Alpes de Transilvania. Si observamos la forma de las líneas isotérmicas actuales hemos de convenir que en aquellos tiempos toda Europa salvo los litorales mediterráneos y un poco de los atlánticos yacía bajo el hielo.

El arte rupestre llamado franco-cantábrico establece una relación también entre el Macizo central y el País Vasco. Y representa una fauna medio tropical que debía ser la anterior al Período Glacial.

Por fin, al hecho de que en euzkera ARIA signifique «raza, casta» hemos de agregar la opinión del Grand Larousse encyclopédique:

ARYEN o ARYA, nombre que parece haber designado en la Antigüedad, las poblaciones de raza mediterránea oriental emparentada con los antepasados de los Alpinos, que invadieron el N. de la India.

¿En qué quedamos? ¿Los Arios procedían de la India o de Europa?

Creemos llegada la ocasión de acabar con las confusiones. Se

habla de lenguas romances o románicas cuando hay palabras latinas que pueden atribuirse a las raíces del euzkera. Por ejemplo GRANDIS es un compuesto de GAR (alto) y ANDI (grande) y GROSSUS de GAR y de OSO (lleno).

¿Por qué motivo no se introduce el estudio del euzkera en los programas universitarios?

S. Rubió Tuduri

*SOCIOS DE LA REAL SOCIEDAD
BASCONGADA EN MEXICO*

El doctor Justo Gárate me escribió recientemente: «Necesito de cierto dato; los nombres de los socios de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País residentes en México y en las ciudades principales que usted conoce y además en Guanajato, Sombrerette, Pachuca, Fresnilla, etc.».

Realicé la labor encomendada por mi amigo. En los Extractos correspondientes al 1771-72 sólo aparecieron dos socios: uno en Jalapa y otro en México. En la lista de socios aneja a los Extractos del año 1793 aparecen en cambio, salvo error u omisión, doscientos noventa y un socios distribuídos por todas las ciudades del Virreinato de la Nueva España.

Aparecen muchos en Puebla —la Puebla de los Angeles—. Particularmente casi todos los prebendados de su catedral pertenecían a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Los socios de la Bascongada tenían copada Puebla así como otras ciudades.

No deja de ser curiosa la anotación de algunos otros apellidos, Garivi, por ejemplo: Mateo de Garivi, de Zapotlán el Grande. Garivi es el apellido del actual cardenal de México. Aparece también Joseph de Iturbide, en Valladolid de la Nueva España, que seguramente es el padre de Agustín de Iturbide y Aramburu, Arregi y Carrillo, natural, en efecto, de Valladolid de Michoacán, futuro emperador de México, cuyo padre, nacido en Pamplona, se llamaba Joseph Joaquín. Pero es bien sabido que el segundo nombre se omite con frecuencia en las listas de socios publicados en los Extractos.

Anoto asimismo un Juan Antonio de Perón y un Sota y Llano, el primero en México y el segundo de Valladolid de la Nueva España. Hay también un Yermo, de México y otros apellidos que más tarde aparecen destacadamente en las luchas independentistas.

J. A.

*EUN-URTE-BETETZE BATZUK,
EUSKAL LITERATURA ARLOAN*

Besteak beste, ona emen aipamen batzuk. Auñamendi'ren Enziklopediatik arturiko berriak dira oar onetan ematen ditudanak.

- 1471 Salinas'ko kondearen abestia.
- 1571 Leizarraga'ren *Jesus Christ Gure Iaunaren Testament Berria*. Rochela'n.
- 1871 D'Abbadie'k antolatutako Euskal-Jaiak Sara'n. Elissanburu Joan-Batista'ren *Xori Berriketaria* izeneko olerkia saritu zuten. Bost bertsolarik egin zuten bertsolaritzan: Iru andra eta gizon bik.
- 1871 Tolosako López-Mendizabal irartzaillearen etxean argitaratu ziran liburutxo batzuk euskeraz. Urte kaxkarra euskal bibliografian, urte au.
- 1871 Biguria eta Ozta, Paskoal-Benardiño (Aita Elizondo bururduña)-ren jaiote urtea.
- 1871 Mokoroa Baleriano'ren jaiote urtea.
- 1871 Urkijo Ibarra, Julio'ren jaiote urtea.
- 1871 Landa Jose-Bentura'ren jaiotzako urtea.

M-B. A. G.

*UNA FAMILIA VASCA DE ESCRITORES
Los tres hermanos SARASOLA, de Lequeitio, autores de obras estimadísimas*

Tres hermanos unidos por la sangre y por la pluma. Desconocidos —en relación con su categoría— particularmente porque ejercieron su labor fuera del País Vasco, al que tanto amaron.

Modesto, Luis y José, los tres sacerdotes franciscanos, notabilísimos escritores, aunque en tres aspectos diversos de la magia de la pluma: historiador Modesto, de los de insaciable búsqueda en los archivos, biógrafo atildado Luis, que trabajó incansable en uno de los más acreditados centros de historiografía mundial: el Estudio Histórico de los Franciscanos, en Quarachi (Florencia); periodista sutil, juguetero, irónico, José, que ejerció su noble profesión casi durante medio siglo en la isla de Cuba.

Ofrecemos un mero esbozo de sus perfiles literarios, que bien merecen un estudio más a fondo.

1. — MODESTO SARASOLA ACARREGUI
(19 enero 1890 — 9 diciembre 1962)

Era el típico «ratón de archivos». Pacienzudo, de minuciosa lectura, de ilusión contenida, de cuidadosa interpretación de documentos, de sereno juicio. Casi toda su vida sacerdotal la ejerció (confesaba mucho, atendía a la catequesis, fungía de organista) en la capital vallisoletana. Quizás este destino fomentó sus ansias de investigación, al contar con dos Archivos de primerísimo orden a su disposición, dos centros documentales de tan íntima relación con la historia del Pueblo Vasco: el de la Real Chancillería y el Nacional de Simancas.

En ellos enterró gustosamente miles de horas anónimas, la mayor parte de ellas recogiendo, verificando —para sí y para muchos otros investigadores e historiadores—, copiando y buscando infinidad de documentos. Muchos de quienes recibieron de él los documentos por él mismo descubiertos no siempre se acordaron de dedicarle el homenaje debido de manifestar que dichos documentos habían sido hallados por la tenaz mediación de Modesto Sarasola. De ahí que gran parte de su descubridora labor haya quedado desconocida.

Trabajó, sobre todo, para su hermano Luis, a quien consideraba como el genio de la familia. Durante largos años, Luis estudió la egregia figura del Cardenal Cisneros, compilando libros y revistas, conferencias inéditas y —sobre todo— documentos de primera mano desconocidos por otros historiadores, y esta última valiosa aportación fue milagro de la ilusión del Padre Modesto.

Aparte de algunas colaboraciones en revistas, el Padre Modesto publicó los siguientes libros:

«*Vizcaya y los Reyes Católicos*», 214 páginas. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Patronato Marcelino Menéndez y Pelayo. Biblioteca «Reyes Católicos». Madrid 1950.

Los vascos tuvieron un papel preponderante en la elevación al trono de la Reina Isabel. Sobre este tema, Sarasola emplea las crónicas más fidedignas, que completa con una señera colección de documentos inéditos del «Registro General del Sello», que maneja con soltura de investigador y con exquisitez de ensayista. Es uno de los libros históricos de mayor valor para el País Vasco, publicado en el siglo, tanto por ser una época poco estudiada cuanto por la riqueza del material inédito acumulado en él. La pluma de Mo-

desto Sarasola se mueve a Isolo servicio de la idea, con meridiana claridad, como si se tratase de remedar a las crónicas antiguas, desnudas de artificio, que narran con ingenuidad y orden. Sarasola añade su punto de vista crítico, y señala caminos a investigadores con más tiempo en sus ceñidas notas tan sugerentes.

Aunque afincado en Valladolid, Sarasola muestra en la *Advertencia Preliminar* su prosapia vasca y su latido euskaldun:

«De la relación de Palencia puede colegirse la parte que tomaron en aquellos sucesos, en pro de Isabel, los vizcaínos y los vascos en general. El deseo de esclarecer esta participación y completar, en lo posible, los datos contenidos en las crónicas, me movió a indagar, en los ratos que me permitían mis habituales ocupaciones de ministerio espiritual, en el Archivo de Simancas, ya que por un caso fortuito me vinieron a las manos, en cierta ocasión, documentos relacionados con la materia... Con él creo haber contribuido en algo a ilustrar una interesante página de la historia de Vizcaya, tierra amada donde nací y nacieron y reposan en la paz del Señor mis antepasados.»

Quien lea diligentemente este libro, y compulse cuanto de contribución personal e inédita aporta a la historia del País, comprobará que Sarasola era modesto por partida doble.

«Isabel la Católica y el destino de Doña Juana, la Beltraneja». Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. Escuela de Historia Moderna del C.S. de I.C. 80 páginas. 1955.

El coronamiento del libro anterior lleva a las manos del P. Modesto Sarasola diversos documentos sobre Isabel la Católica, por cuya figura siente una indisimulable simpatía. La ocasión del presente estudio se la da la publicación que en 1945 dedica el escritor cubano Orestes Ferrara a la figura de Enrique IV y su familia. Sarasola describe el ambiente palaciego familiar del rey tan desacreditado, y las circunstancias históricas en las que se desarrolla la lucha entre Isabel y la «Beltraneja» patrocinada por el Rey de Portugal. En la segunda parte (pp. 55-80), Sarasola puntualiza la indefinibilidad de algunas afirmaciones del benemérito Orestes Ferrara, señalando sus inexactitudes y demostrando la verdad de los hechos mediante la luz de los documentos inéditos que no pudo consultar el apasionado reivindicador de Alejandro VI.

En este libro, Sarasola no es sólo historiador, sino que penetra —con garbo y tino— en el vidrioso campo de la polémica, siempre con serenidad y atrevimiento, al tiempo que con elegante respeto a su oponente. Este valioso libro debería ir enriquecido por un apéndice documental sobre el que apoyar su nervio historiador y polémico, pero cede dicha documentación a una Colección Diplomática en preparación.

«*El siglo XIII en Valladolid.*» *Origen del convento de Santa Clara*». 85 pgs. Universidad de Valladolid. Facultad de Filosofía y Letras. Cuadernos de Historia Medieval, n.º 16. 1960.

Tras una rápida pincelada sobre la vida religiosa de Valladolid en el siglo XIII, y la actuación de la Orden Franciscana, estudia las vicisitudes del convento de franciscanas de Santa Clara en la primera mitad del siglo XII. Expone las características de vida regular y claustral de las hijas de Santa Clara y su entronque con los reyes castellanos y con las familias de mayor nobleza de la época. En las páginas 65-84 publica un rico apéndice documental inédito, compuesto de Bulas Pontificias, a partir de 1243 para terminar con dos cartas Reales de Sancho IV y Fernando IV.

Nos hallamos ante un buen historiador, creador, al que faltó la plena dedicación de sus otros hermanos a la labor del estudio y de la pluma. Modesto poseía un alma muy sacerdotal, con verdadero celo apostólico, que no le permitió consagrar sus mejores horas al desempolvamiento de valiosos documentos para nuestra historia regional. Mas, tanto por sus publicaciones como por su ayuda eficaz a otros muchos historiadores, merece un lugar destacado entre nuestros no numerosos escritores e historiadores de solera.

2. — LUIS SARASOLA ACARREGUI

(1883 — 9 de febrero 1942 en Guanabacoa — Cuba).

Si alto y delgado era Modesto, el Padre Luis era menudito, vivaz, hervidero de nervios, apasionado, de una sola dedicación.

Fueron dos de sus grandes sueños: las figuras de su Fundador Francisco de Asís y la de su hermano en religión el Cardenal Cisneros.

Del primero nos dejó la mejor biografía escrita en lengua castellana, comparable a las más notables de entre la profusa bibliografía sanfranciscanista. Entre la pintoresca y culta biografía que dedicó al Pobrecillo la Condesa de Pardo Bazán y la teoría de pia-

dosas biografías escritas con intenciones de enfervorizar al pueblo sencillo, se sitúa —equidistante— la maciza, documentada, elegante, cordial e interpretativa obra de Luis de Sarasola:

«*San Francisco de Asís*». 1.^a edición, Espasa y Calpe. 602 páginas. Madrid 1929. Mereció una reciente reedición por la Editorial Cisneros de Madrid.

Se trata de un libro de madurez, una biografía psicológica, con un formidable andamiaje científico-histórico. Para documentarse convenientemente, acudió al centro histórico de fama internacional (por sus ediciones críticas de las obras de San Buenaventura «*Archivum Franciscanum Historicum*») en Florencia. Al contacto con las fuentes impresas y con los artículos monográficos sobre San Francisco de Asís, Sarasola escribió —al frente de su libro— un verdadero alarde bibliográfico crítico, con la selección y la valoración de cada una de las fuentes de la historia franciscana: un auténtico monumento, que ocupa las páginas XXV-CVII.

Es un libro que merece la dedicación de toda una vida para un escritor y que le consagra plenamente. Meticulosidad, seriedad, magistral síntesis. Estilo atildado, altamente poético, demasiado cincelado hasta con prurito de una elegancia arcaica, pero grato y hasta arrebatador. Buen juicio en el empleo y en la disección de materiales, rapidez en la descripción de ambientes, acierto en la pincelada de los personajes. Una obra de literatura universal, una de las mejores obras escritas por vascos. De hecho, Sarasola es leído y citado como una competente autoridad en la biografía y en la espiritualidad de San Francisco de Asís.

«*Espiritualidad Franciscana*». Conferencia leída en el Círculo de Bellas Artes y Ateneo de Bilbao el 17 de marzo y en el Instituto de Vitoria el 20 de mayo de 1922. 49 págs. Aránzazu, 1921. Tipografía Aránzazu.

Bella síntesis del ideal franciscano, de la revolución ejercida por el Serafín de Asís. Narra las características de las dos escuelas franciscanistas: la protestante-racionalista y la católica. Rasgos franciscanos, aportación del franciscanismo a la cultura social.

Mas el libro parejo al «San Francisco de Asís» no llegó a escribirlo. En julio de 1936 Sarasola se hallaba en Madrid, en medio de una extraordinaria vegetación de documentación inédita y publicada, en torno a la figura de Cisneros, y con su labor biográfica muy

adelantada. Allá perdió toda su documentación sobre el tema, sin posibilidades de restauración en su mayor parte. Y la figura del Cardenal quedó sin el biógrafo que le contemplara, no sólo desde su atalaya política, sino con el prisma de su recia espiritualidad franciscana que se revela en su gestión de Regente, de educador, de mecenas de la ciencia, de reformador religioso, de varón de santidad.

Luis de Sarasola había ejercido el periodismo. Fue uno de los fundadores y primer director de la revista mensual «Apostolado franciscano en China» (que continúa publicándose en Aránzazu, bajo el nuevo título de «Misiones Franciscanas», con sus 57 años de existencia); escribió mucho en ella: crítica literaria, reseña de libros, comentarios de actualidad, enjuiciamiento de situaciones sociales... También colaboró en varias otras publicaciones.

Un auténtico biógrafo no menos que periodista, que conoció las diversas modalidades de una redacción y que supo iniciar a la revista misionera por cauces de amplia cultura. Su labor de director le ocupó los años 1914 (nacimiento de la revista) hasta el 1919. Fue entonces cuando enfocó su actividad hacia la obra cumbre de su vida: el «San Francisco de Asís».

3. — JOSE SARASOLA ACARREGUI

(6 de mayo de 1885 — La Habana, 13 de marzo de 1967).

No es fácil leer a José Sarasola e imaginarse que se trata de una persona que nació vasco y se educó en un hogar enteramente euskaldun. Posee un estilo desenfadado, con un cocktail del argot norteamericano. Es agudo y sutil en la ironía, como riéndose del mundo entero. Tiene duende para descubrir el lado flaco de las situaciones, que las borda con su comentario cálido. Cuba —madre de buenas plumas— le tuvo como una de las mejores de este siglo.

Del Padre José escribió otro buen estilista, el Padre José Antonio Urquiola: «Pluma suelta y multicolora la suya, del tipo de periodista al día, que pinza las cosas al vuelo, y da su fallo con donosura, con travesura... Siente horror a las frases hechas. Gusta de decir las cosas con novedad. Cuando le da por ser conceptuoso, tortura el pensamiento y la frase, y se hace algún tanto oscuro. Mejor le sienta el comentario leve. Sin que esto quiera decir que le falle talento para cosas graves».

Como todo periodista nato, toda su producción se halla en las páginas leves del diario o de la revista, sobre todo en la prestigiosa revista «San Antonio» luego «Semanao Católico» que le cono-

ció muchos años en su labor directora y redactora. Son muchos miles de colaboraciones, crónicas, gacetas, comentarios, editoriales, reseñas, que ha publicado José de Sarasola en la revista considerada —con «El Criterio» de Buenos Aires— la mejor publicación católica de la América Latina. Una cuidadosa selección de sus mejores artículos nos daría una antología de comentarios valiosos, venenosos, irónicos, intencionados, del mundo que conoció. Su sección de «Vida ambiente» en la revista cubana le revela como a periodista con garra, independiente, equidistante de la mudez vergonzante cuanto de la egolatría dominante.

A José de Sarasola se le lee con fruición. En el prólogo al «San Francisco de Asís», de su hermano Padre Luis, escribirá con gra-cejo:

«Opino que, sin más, debes sacar tu libro a la ancha luz pública para que, leído en el reposado y libérrimo ejercicio de los gustos críticos y literarios de cada cual, cada cual se diga a sí propio la escueta verdad que en la no prejuiciada conciencia ha resonado acerca del valer —poco o mucho— del libro, en la hora recatada de la lectura. Aun cuando después, en la hora un poco «humana» de externar el juicio crítico de la Prensa, en el panfleto o en el magazine, cada cual enturbie también quizá, a su manera, la prístina verdad, ora con desmedidas y atolondradas loanzas, ora con pizcas y degüencillos mordientes, amarilleados por el vaho de cierta pasioncilla inconfesable».

Y, una vez que ha animado a su hermano, cargado de responsabilidad, a lanzar su obra tan mimosamente depurada, ofrece una brava página del más desenfadado y colorista periodismo:

«Para nosotros lo más cimero de los Santos es la santidad misma que los enoja. Y esto, ora por la intrínseca valía que, a la luz de nuestra fe católica, otorgamos a la ortodoxa santidad personal, emanación de la Santidad Substancial de Dios, ora también por la ejemplaridad que, a la luz de los hechos históricos, concedemos a la santidad en el plano social humano, donde el verdadero y estricto Santo encarna, casi siempre, no sólo al «héroe» de Caryle, sino también el auténtico «superhombre» que colocándose, tras de dilatada y honda lucha interior, más allá del bien y del mal, no sólo realiza el fragmentario evangelio tolstoyano, desplazando el mal humano con la

«no resistencia a él», sino que, además, lo desplaza más eficazmente con el integral Evangelio cristiano, potenciando larga y anchamente el humano bien.

Las modernas paganías del superhombre nietzscheano no hallaron en sus delirios anticristianos un hombre tan antitética y diversamente estructurado como San Francisco de Asís.

Como una reacción vital contra la bárbara pujanza de Zaratustra, que expande sus garras de presa, sus felonías y gestos lujuriantes dominadores en almas contemporáneas atosigadas, levántase divino, humilde y saturado de piedades el hermano Francisco. Bien lo sabía Adolfo Harnack cuando, frente a las ideologías y emociones paganas, antiguas y modernas, nos mostró al Pobrecillo como el tipo más acabado del renunciamiento cristiano. Y bien lo muestras tú al presentar ante las miradas cristianas a San Francisco, todo enloquecido de los ápices evangélicos, como una interrogación inquietante de los supremos ideales de Cristo».

No es su mejor página, pero es buena. Y digna de ser reproducida para quien desee vislumbrar la categoría literaria de José de Sarasola, que nos dejó más allá del Atlántico su abundante y valiosa producción de periodista y ensayista.

Fr. Pedro de Anasagasti

FRANCISCO MARIA ORMAZABAL MENDIA,
«embajador» vasco en el Celeste Imperio. (1877-1969)

Su itinerario

No pertenecía al escalafón de los diplomáticos, pero dudo que hubiera algún vasco —entre los magníficos misioneros y diplomáticos— que haya «representado» a su grupo étnico con tanto prestigio entre los chinos. Sólo fue un sencillo misionero, pero como apóstol tuvo proporciones gigantes.

Le tuve ante mí, ya abrazado a la serena ancianidad. Su barba blanca, partida en dos y en ángulo puntiagudo parecía un raro contraste en su rostro redondo y colorado, con una boca ancha y abierta a la sonrisa, mejillas muy redondas y salientes que obligaban a replegarse a los ojos muy al fondo desde donde taladraban al interlocutor, mientras su frente ancha y alta representaba su sabiduría

práctica. De generosa cintura, abandonado el ejercicio físico por su absoluta entrega a la labor rectora, inspiradora y constructora, poseía un indefinible atractivo en su porte bondadoso, pacífico, dádivo de atención y afecto. De hablar lento, con ideas tamizadas y expresiones muy pesadas, siempre rebozaba con un trascendente mensaje.

Su carnet de identidad puede diseñarse así: nació en Beasain el 1 de mayo de 1877, de Miguel y Josefa. En el convento de franciscanos de Chipiona (Cádiz) toma el hábito franciscano y profesa definitivamente en la Orden. En agosto de 1901 le ordenan Sacerdote. No duda en abortar sus estudios de ingreso en la Facultad de Ciencias Naturales para escuchar el señuelo de China. A fines de abril de 1905 se viste de mandarín en el Vicariato Apostólico de Shensi. Rector del Seminario Menor, Profesor del Mayor (1906-1909). Misionero de vanguardia en pequeños poblados chinos (-909-1912). Rector de ambos Seminarios en Sianfu (1912-1916). Superior de Tunyuanfang al mismo tiempo que Superior y Procurador de la región de Sianfu (1916-1932). Superior de Tientsin y Procurador General de todas las Misiones franciscanas de China (1932-1948). Pro-Delegado General de los Franciscanos en China y Administrador Apostólico de Yenan (1949-1951). Abandona China en 1952, y en julio de 1953 pisa España. En 1955 es elegido Definidor Provincial. De 1962 a 1969 muy enfermo en Chipiona donde fallece.

Diplomacia sin título.

La serenidad, el dominio de sí, la prudencia y el estudiado arrojo que caracterizaban el carácter de Ormazábal le aupaban a los grupos de responsabilidad entre los que impone su criterio a base de aciertos. No habrá situación urgente a cuya solución no se le convoque; no se dará iniciativa poderosa en la que no haya expuesto su lúcido punto de vista: está dotado de un sensacional sentido de mesura, de inspiración ante lo inesperado.

Ante la incultura, no reparará en barras: sólo Dios y él saben lo que le costó la realización del Colegio Superior del Rosario, con capacidad para 50 internas y unas 700 externas y que formará una auténtica selección de mujeres influyentes de modo positivo en el ambiente social. Y para los muchachos, una institución similar: el Colegio de San José con más de 200 alumnos y que se convertirá más tarde en un prestigioso Colegio Normal.

Para el servicio familiar, creará una Congregación religiosa femenina, de jóvenes chinas que lleguen más fácilmente al corazón y

a la intimidad de sus paisanos: las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón.

No repara en acudir a quien fuera. Mientras se extiende el marxismo de Mao Tse Tung, sabe conversar con sus oficiales, a los que hará respetar los bienes muebles e inmuebles de las Misiones, sin los que no podían ejercitar su acción benéfica, religiosa y cultural. Más tarde, cuando ya China está bajo la hoz y el martillo, en su cargo de Procurador General logrará salvar lo que parecía totalmente perdido, llegando hasta a sanear la economía de las Misiones en un período tan anárquico. El sentido del ahorro de nuestros abuelos se alternaba en él con el tino de la nueva ola de arriesgados organizadores que pululan entre nuestros actuales paisanos. Ante el comunista, él es un administrador, que consigue la indemnización por destrozos de guerra y hasta la exención de contribuciones al demostrar que la obra de sus religiosos es de ventaja para el bien general del Celeste Imperio.

En las horas de amargura y de desorden, Ormazábal conserva su flema. Por amor al necesitado, intervendrá de un modo eficaz en una acción de guerra, en el asedio a la ciudad de Sianfu, en 1927. Será el mediador entre los dos ejércitos, conseguirá el respeto y la evacuación de los sitiados, testificará en el arreglo entre los beligerantes, saldrá garante de la buena voluntad de ambas partes y librárá de una catástrofe a quienes considera como paisanos suyos, los habitantes de Sianfu. Ya anteriormente había formado como miembro de la Comisión Internacional para eficaz ayuda a los fugitivos del sepulcro de Siberia (1918). En 1926 se maridan las luchas familiares chinas con la sequía, que barren con sus miserias tantos miles de cuerpos mal alimentados; Ormazábal figurará como corazón de la «Comisión Internacional para la Lucha contra el Hambre», cuya economía guiará por rumbos eficaces.

Dotado de un espíritu intuitivo poco común, se le llamará como confidente tanto en la canalización de un río, como en los métodos de regadío de una región que en la creación de un dispensario o en la organización de un complejo educativo. Había verificado ventajosas pruebas sociales en la región del Uinan donde ejerciera su primitivo apostolado en China.

Amigo universal.

A Ormazábal se le podía hablar en muchas lenguas, que las entendía y parlaba a perfección: vascuence, castellano, latín, inglés, italiano y chino. Bastaban para que en el Celeste Imperio pudiera

entenderse con el mendigo y el diplomático, con el mísero labrador y el ladino comerciante.

Porque la característica externa de Ormazábal fue su abierta amistad para todos. No sabía distinguir al hombre por sus títulos o por sus cuentas corrientes, sino por su dignidad de hombre. Así podría en una misma mañana recibir visitas del Nuncio de Su Santidad como la de una atribulada madre a quien hubiera abandonado su esposo borrachín.

El P. Norberto Pieraccini, que le conoció en China, le describió así: «Podríamos decir que tuvo relación con casi todos los Obispos de China durante sus largos años de misionero, tanto en Sienfu como en Tientsin como, al fin, en Shangai. Fue amigo íntimo de los tres últimos Delegados Apostólicos de China: del primer Delegado Apostólico, el Cardenal Constantini; del segundo monseñor Mario Zanin, y del primer Internuncio, Cardenal Riberi: los tres amaban y agradecían al «caro Padre Francesco», y llevaban muy a mal no fuera a visitarles cuando iba a Pekín. Por su parte, no dejaban de hacer una visita al amado Padre Francisco, si, por casualidad, pasaban por Tientsin.

En cuanto al primer Cardenal chino, Tomás Tien, tenía en gran aprecio al Padre Ormazábal, y si venía a verlo a Tientsin prefería hospedarse en su Procura. A pesar del consabido *charge d'affaires ad interim*, tanto Mons. Constantini y Mons. Zanin como el actual Cardenal Antoniutti, le profesaron siempre especial afecto».

El vasco.

El Padre Ormazábal sintió su herida de fervor misionero al contacto con otro vasco ilustre: San Martín de la Ascensión, mártir del Japón, fue, escuchando un sermón sobre el heroísmo del protomártir del Japón, como nació su valiosa vocación misionera. Como gratitud, visitó en 1953 el escenario del martirio de San Martín de la Ascensión, en cuya ocasión le acompañó el franciscano mondragonés Padre Marcelino Ayerbe —enonces misionero del Japón— quien me escribió: «Jamás Ormazábal tuvo complejo de viejo. Durante su estancia en Japón hizo una larga y detenida visita a Nagasaki y alrededores, donde existen tantos y tan emotivos recuerdos de los antiguos cristianos del siglo XVI y del tiempo de los protomártires del Japón. Esta visita, en la que le acompañé todo el recorrido y durante todo el tiempo, más de un mes, fue para él el cumplimiento de un añejo deseo, que guardaba en su corazón

desde que leyó y conoció la gloriosa historia de aquellos tiempos del cristianismo japonés. Por cierto, estaba bastante documentado».

Al vasco barbudo lo amaban los chinos, hasta los «rojos». Y las autoridades republicanas le habían concedido la condecoración «Chia-you-cham 2», el mayor honor que el Celeste Imperio puede conceder a un extranjero, como un merecido premio a su inserción en la vida china y a sus iniciativas en todos los campos de la cultura, de la beneficencia y del progreso social del milenarismo pueblo. Y el Gobierno Español (en noviembre de 1953) la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica, por sus 48 años de actuación de la más gloriosa embajada en el Extremo Oriente.

Y el vasco surgió en China. Si pudo mostrar alguna preferencia era para los hijos de su mismo pueblo. Allí ganaban la vida, a fuerza de pelotazos, varios pelotaris vascos, que actuaban en los famosos frontones de China. A todos conocía Ormazábal, y ellos acudían a su consulta, como a padre, amigo, administrador y desfaceador de los muchos entuertos que organizaban en su vida nómada y perfumada de buenas ganancias. Labor cuya hondura no es fácil comprender. El P. Ayerbe la ha retratado con colorismo: «Era Ormazábal un sacerdote que aprovechaba las oportunidades de trabajo espiritual. Por ejemplo, con los pelotaris vascos del frontón de Tientsin ejerció siempre los oficios de buen padre y de consejero. La casa de la Procura de la Misión era su casa; además de atenderles espiritualmente, les buscaba casa y personal de servicio. Les proporcionaba medios de hacer sus transferencias de dinero a sus familiares en España, labor nada fácil en aquellos tiempos de congelación de divisas. Incluso, verificó las necesarias gestiones —civiles y religiosas— para que algunos pelotaris pudieran contraer matrimonio —por procurador— con sus novias residentes en España, y buscarles el medio de que realizasen el viaje para encontrarse juntos en Tientsin».

No había pasado en vano la larga letanía de los años sobre el vigoroso Padre Ormazábal cuando le conocí. Nadie pudiera haber adivinado en aquel ancianito suave, bondadoso, de hablar dulce, de mirada penetrante, de aspecto ascético, al dinámico y eficaz embajador en China. Regresó, para el encuentro definitivo con el Padre, a su nido de Chipiona, donde nació a la vida franciscana. Un testigo, Fr. Bernardino Tajadura, ha resumido sus últimos siete años en este epitafio tan optimista:

«Callado, muy sufrido, prudente, metódico, amigo de los libros, siempre abierto y dispuesto al consejo de cuantos a él acuden, Su-

periores e inferiores, en busca de luz y paz para sus concinecias, profundamente piadoso, descansó en el gozo del Señor al día siguiente de la festividad de la Ascensión, 16 de mayo de 1969, a los 92 años de edad, 75 de profesión religiosa y 48 de glorioso apostolado».

Saboreo este testimonio, exactamente a los dos años de su fallecimiento, admirando la hombría y la labor fabulosa de este paisano, con alma de diplomático.

P. A.

ZAMAKOIS BILBOTAR PINTATZAILLEA (1871 †)

Eun urte betetzen dira aurten (1971) Zamakois pintatzaillea il zala.

Bilboko semea izan zan (1841.VII.2) Zamakois eta Zabala Eduardo-Maria. Zamakois Berreteaga Eduardo-Maria eta Zabala Arauko Ruperia-Pilar, bere gurasoak.

Gazterik il zan: Ogei ta amar urtegaz, 1871-garren urtean. Madrillen.

Messonnier pintatzaille ospetsuaren ikasle ibili zan Parisen. Fortuny eta gure Zamakois izan ziran beuren garaiko pintatzailleen artean onen-onenatariko bi.

Manuel Basas irakasleak ekarri dausku gogora Eun-Urte-Betetze au. Bilboko *El Correo Español* — *El Pueblo Vasco* egunkarian argitara emon dau irakurgai jakingarri bat: «Centenario de la muerte del pintor Eduardo Zamacois Zabala» (29 setiembre 1971).

Europako museu askotan gordetzen dira Euskalerriko seme ospetsu onen oial-pinturazko laukoak.

M-B. A. G.

SIQUIERA PRESCRIPCION

Hace aún pocos días que he leído el número del *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos* (XXII, núm. 85) correspondiente a abril-mayo-junio de este año. En él he encontrado, entre otros trabajos del mayor interés (uno de los cuales, por cierto, bien merece un comentario, que será mejor dejar para otro momento y también para otra mano), la reseña por el doctor Justo Gárate (p. 95 s.) de *Historiografía de Vizcaya desde Lope García de Salazar a Labayru* de don Andrés de Mañaricúa.

Por desgracia para el lector eventual, la promesa expresa en

el título no acaba de cumplirse del todo. No diré que la obra del señor Mañaricúa, digna de una atención más sostenida, quede olvidada entre los primeros párrafos de la reseña, en que se señala la influencia que el crítico ha tenido en el nacimiento del libro, y los últimos. Puede afirmarse, sin embargo, que en ese entreacto la *Historiografía de Vizcaya* sufre las consecuencias de una especie de eclipse que por momentos llega a ser total.

Los focos desviados de la obra reseñada se concentran sobre San Pedro de Deusto y sobre cierta persona que en este BOLETIN, 1955, p. 412, escribió algo inconveniente —no sé si inexacto o malévolo— sobre Dineperiaga de Deusto, aparte de olvidarse, por ignorancia o deliberadamente, de mencionar la existencia de Eneperi entre Bermeo y Baquio. El tal individuo, adornado de títulos y atributos varios, reales algunos e imaginados los demás con ática ironía por el doctor Gárate, no es otro que el autor de estas líneas.

No recuerdo, honradamente, lo que escribí en aquella desdichada ocasión, aunque tengo la vaga sospecha de que se refería no a la «significación» del topónimo sino a la presencia en él de *i* y no de *u*. Podría, claro está, volverlo a leer, pero, ¿para qué? Si algún hipotético lector detuvo su mirada en aquella página, difícilmente pudo considerar tan importante lo que leyó en ella que todavía lo recuerde. En cuanto al número, constancia y atención de mis lectores, soy escéptico en grado sumo; mucho más escéptico, desde luego, de lo que es al parecer mi docto oponente respecto a los suyos. Es más, si tuviera que expresar el fondo de mi pensamiento, me atrevería a decir que no he tenido en mi vida más que un auténtico lector, a quien deseo expresar en esta ocasión mi más profundo agradecimiento. He nombrado a don Justo Gárate.

No hay desdén alguno en la expresión de que me he valido hace poco: cualquiera que fuese mi falta o delito, hace, si no he echado mal las cuentas, más de quince años que lo cometí. No voy a pedir amnistía, que no están los tiempos para pedir gollerías, pero sí querría acogerme a la prescripción. Creo que el tiempo transcurrido desde entonces abona mi petición. Por si una franca expresión de arrepentimiento pudiera hablar en mi favor, añadido, por propia y espontánea voluntad, la confesión explícita de algo que creo haber reconocido siempre implícitamente: que en mi ya demasiada larga vida profesional he incurrido en incontables descuidos, omisiones, malas interpretaciones (como la que atribuí al doctor Gárate a propósito de *Uharte*, si me permite escribirlo así), errores y hasta solemnes tonterías. No voy a hablar de buenas in-

tenciones, porque cada uno es libre de tomarlas o no como tales, aparte de constituir la materia de que, conforme a las más seguras tradiciones, está pavimentado el Infierno.

Reconozco también que hay algún que otro pecadillo mucho más reciente —no estoy muy seguro de su número— cometido por mí y dirigido, por decirlo así, hacia el doctor Gárate. Aquí no puedo invocar la prescripción. Con todo, sí me atrevería a rogarle que, al sacar a la luz los agravios recibidos, siguiera el orden que seguía Euler, según cuentan, al publicar sus trabajos en los *Commentarii Academiae Petropolitanae*: solía echar mano del que estaba encima del montón, trabajo que, por caprichos del azar, era casi siempre el más reciente. Acaso no fuera esto muy razonable en su caso, pero sí lo sería en el nuestro.

No quisiera dar con inmodestia la impresión de que ocupo solo el espacio que el doctor Gárate ha sustraído a la reseña del libro del señor Mañaricúa: voy, aunque por breve espacio, en muy honrosa compañía. Finalmente, puedo asegurar —ya que no jurar, porque el precepto evangélico no puede entenderse más que al pie de la letra—, tanto al señor Gárate como a los más que inciertos lectores de estas líneas, que no me alcanza responsabilidad alguna, ni por acción ni por omisión, en la nueva edición de *El partido carlista y los fueros vasco-navarros*. Porque no creo que ni el mismo Broncense habría estado de acuerdo con el uso que de la elipsis hace en sus artículos y reseñas, cada vez con mayor licencia, el doctor Gárate.

L. MICHELENA